Año VI La Plata, 1ª quincena de Mayo de 1924 Núm. 119

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich



¡JUVENTUD!

¡Juventud! palabra brillante de esperanza y de libertad: ¡Despierta! ¡Trae al mundo nuevos ideales, cambia su rumbo, hazlo mejor!

Vemos elevarse sobre el horizonte una estrella magnífica, que ilumina con su luz la tierra entera. Vemos a una mujer, graciosa, esbelta, vestida de blanco lienzo, arrodillada ante un árbol recién plantado. Alza su fino rostro, de líneas suaves y de expresión dulce, y dirige su mirada hacia la luz fulgurante de la estrella.

La estrella alumbra ya con sus rayos al árbol creciente. Iluminado por sus fulgores, crecerá por sobre la hierba seca y se volverá grande. Sus frutos caerán, y brotarán en la tierra fecunda, y pronto se alzarán otros árboles, que iluminados por la estrella cuajarán otros frutos espléndidos.

El árbol es la juventud del mundo que evoluciona bajo la luz de los ideales nuevos, alzándose por sobre todas las maldades del suelo, vencedora. Los frutos de su lucha perseverante brotarán sobre la tierra entera y traerán, a través de los tiempos, el aniquilamiento de los males sociales que nos castigan. Y la mujer, símbolo del destino de la tierra fecundatriz, ayudará a su realización, si nosotros, la juventud en potencia, llevando hacia adelante nuestra acción, luchando contra todos los obstáculos y bajo la promisora luz de la estrella del ideal, nos dedicamos enteramente al trabajo de amor que ha de llevarnos al reino universal del hombre libre.

Pensamientos de tiesto

Nada más ridículo que quejarnos por el hecho de que una masa a la que hemos innumerables veces atribuído una conciencia clara, grite loas a una fracción opuesta a la nuestra, arrastrada por las insinuaciones de cualquier advenedizo, introducido subrepticiamente en nuestro campo.

Y es ridículo, porque esto nos demostraría: o que esa masa tiene en realidad los valores de conciencia que le hemos atribuído y en ese caso procedió como ha procedido porque estaba de acuerdo con lo que expresaba, o que la conciencia sólo era una ficción y que esa masa ha sido arrastrada por las palabras arteras de nuestros enemigos, en cuyo caso quedaría plenamente demostrado que la anterior adhesión a nuestras ideas era el resultante de esa misma inconsciencia y que sólo éramos pastores a los cuales han arrebatado el rebaño otros pastores más astutos.

La necesidad de recordar los errores anteriores de nuestros enemigos, para cosechar argumentos, no demuestra sino que en el presente no ha cometido los bastantes como para negarle nuestro apoyo.

Y en este caso no podemos juzgarlo porque, afirmar que retornará a lo anterior, además de ser pretensiones de profeta sería negar la posibilidad de que los individuos evolucionen. Y esto no es de anarquistas, porque precisamente en el cambio de los valores morales de cada individuo, se cimenta la posibilidad de una vida mejor.

La vida pasada de los individuos no debe preocuparnos en absoluto. En nuestro campo existen multitud de ejemplos que hablan claro, demostrando cómo es posible que un miserable se trueque en un buen compañero y por el contrario, que un individuo con una brillante moralidad, puede convertirse en un sinvergüenza. No preguntemos nunca «¿de dónde venís?» sino «¿a dónde vais?».

Cuando una organización que nunca necesitó defensores en su lucha contra poderosas entidades en discrepancia con sus principios, acepta que un núcleo de individuos se organice para defenderla, es porque toma en serio el ataque de que quiere defenderse. Y cuando se trata de una lidia puramente ideológica, este agrupamiento accesorio de fuerzas, dice bien a las claras que existen individuos que en casos de emergencia únicamente, se preocupan por lo que en justicia debiera preocuparles siempre.

No nos convencen esos individuos que salen a la palestra solamente cuando se trata de luchar contra un enemigo determinado.

Si se nos estima buenos, queremos que se esté con nosotros en todas las luchas. De lo contrario, nos queda el derecho de pecar de mal pensados y creer que esos elementos alimentan el deseo de vengarse de ciertos individuos. Y como anarquistas, no debemos consentir que nos hagan instrumento de rencores personales.

JUAN MELENAS.

Un movimiento simpático

El problema inmediato para los trabajadores es la desocupación, ligado éste a la maquinaria. Y los compañeros de la localidad que consiguen escaso puchero trabajando de panaderos, se han dicho: el bien de unos es el de todos. ¿Hay desocupación y exceso de trabajo?

Pues podemos trabajar todos y mejor aliviar las tareas y las necesidades. Y este deseo mejorativista y solidario se expresó en un petitorio a los patrones de Ensenada y Berisso, y en el paro que su denegación provocó. Se trataba de disminuir la cantidad de harina (80 kgs.) que corresponde trabajar por cada repartidor, luego del trabajo callejero, a 40 kgs. La tarea de repartir pan debería motivar la exclusión de la cuadra de esos compañeros; pero no es así y por desear rebajar la tasa se obliga a la huelga y en La Plata un buen número de burgueses despiden al personal federado en solidaridad con sus compinches de las vecinas localidades, aunque los intereses individuales les mantengan en constante rompedero de cuernos, representando un triste papel ante los obreros que sostienen un paro que lleva dos meses en la más perfecta armonía y con una voluntad que creemos firme hasta el triunfo, de marchar siempre adelante.

Exige este movimiento por sus loables propósitos, la cooperación de todos, la acción solidaria para los camaradas en huelga y nuestra voz de aliento para quienes habiendo comprendido las injusticias del régimen presente, quieren, a cachos hoy, totalmente en un día próximo, conquistar la ansiada sociedad anarquista a la cual llegaremos por las ideas que desarrollamos en nuestro cerebro y las relaciones de acción solidaria y libre que practiquemos.

¡Adelante, compañeros! Sea el ejemplo de los caídos, los mártires, los encarcelados, el acicate en nuestras luchas de justicia social.

Canto de vida y amor

Como el alegre pajarillo que trina con encanto y con dulzura la alegría de vivir...Como el cóndor gigante que remonta su vuelo sin pensar dónde le llevan sus fuertes alas, sin detenerse siquiera para mirar el abismo que deja bajo sí, pero con firme propósito de llegar a la cumbre para encontrar el espacio que allí falta, para respirar hondo sin que nadie ni nada se lo impida...Como la presuntuosa y perfumada rosa, como la modesta violeta...así soy yo. Todos los matices coloran mi juventud: sé reir con la risa sonora y cristalina de mis veinte años; sé llorar con profunda amargura mis desgracias y lamentar con no menos pesar la desventura de los demás; sé ser fuerte y orgullosa, débil y humilde, según las circunstancias; en fin, siento la vida en todas sus manifestaciones.

Y así como el alegre pajarillo, como el gigante cóndor y como las flores, he nacido yo. La más grande herencia que pudieron legarme mis progenitores, es la inefable alegría de ser «hija del Amor». Y de ésto, que a cualquier otra mujer avergonzaría, yo me enorgullezco.

Saberse «hija del Amor», fruto de una pasión sublime que no mundanizaron las palabras falsas e incoherentes del apóstol de un dios mentido, inventado por la imaginación de los que no sabiendo ser buenos de por sí, buscan, en el temor al castigo, una fórmula para redimirse; ni del representante de la ley, conjunto de palabras absurdas creadas en un momento de obscura imaginación y que se cree con derecho a sondear el corazón de dos amantes, saberse «hija del Amor», repito, es ser dichosa.

Y hoy que siento la verdadera dicha del amor, lo entiendo todo.

¡Si pudiera imaginarse la humanidad entera, qué placer es amarse como los pájaros, estar solitos, quererse tanto y tanto hasta confundirse de amor en un solo!...¡Saber que no se está unido más que por ese gran afecto que brota espontáneo de cada corazón, sin que medie ninguna inmunda ley que les obligue a nada!...

Así...así... Desengañaos, compañeros míos: cuando todos aprendan a amarse libremente, cuando sigan todos, los impulsos del corazón y oigan en su conciencia el grito de ¡Amor y Libertad!, entonces habrán dejado de existir los «matrimonios desgraciados», no tendrán objeto las frecuentes y tenaces conferencias sobre «profilaxis social», y las generaciones serán fuertes de carácter, sanas de cuerpo y alma y constituirán el orgullo de sus padres a la vez que se sentirán felices por ser «hijas del amor» y no del «deseo» ni de la «ambición».

HIJA DEL AMOR.

Bs. As. 8/4/924.

El proletariado y la lucha social

Considerado en la amplia transformación en todos los órdenes, que el anarquismo involucra, su aparición en forma orgánica, su acción popular es más o menos reciente. Si bien en todas las épocas hombres aislados han tenido una visión más o menos cercana de una sociedad completamente libre, creándose corrientes filosóficas orientadas en ese sentido, el anarquismo militante no cuenta una centuria desde que echó a andar por el mundo, ya no como concepción filosófica de unos cuantos, sino como ideal de pueblo. Fué éste su verdadero artífice, el trabajador infatigable de sus nuevos destinos. Nada perdió en ello, por el contrario, al igual que las transparentes aguas de la montaña que aclaran, al llegar al pie, las turbulentas de los ríos, volcóse el fruto de estos intelectos privilegiados, en la gran masa popular, que no tardó en amarlos como suyos. La figura de Bakounin es la expresión de este despertar colectivo que conmovió a la Europa toda. Fué vitalizada en la acción su contextura doctrinaria. El verbo libertador fué canto anunciatriz y fiereza de barricada.

Curtidos obreros y jóvenes aristócratas; obscuros aldeanos, despreciados hampones y cumbres de la ciencia, genios del arte; vagabundos y sedentarios, hombres y mujeres, entregaron todas sus savias a la monumental obra de transformación social. Del pueblo, entonces, nadie más que él puede reivindicar al anarquismo como propio. Aristócratas u obreros, intelectuales o ignorantes, no podrán hacer nunca de él patrimonio. Su esencia es profundamente social y no puédese nunca, en nombre de tales ideas, crear exclusivismos, pues sería menguar su sentido humano. El anarquismo, desde que crea la visión de una sociedad armónica entre todos los hombres, salta por encima de las clases, hijas estas de concepciones marxistas, que fincan su predominio en la dominación de una clase sobre la otra,—la proletaria sobre la burguesa. Su acción gana la conciencia de los hombres y no de los sectores sociales. De ahí que el movimiento obrero por él inspirado, represente más una acción de masas que de clases, de pueblo, que meramente proletarias.

Es evidente que donde más convencidos se encuentran, es en los trabajadores, pues por hallarse apartados de los círculos en que se rinde culto a las falsas ideas que basamentan la sociedad autoritaria y por su misma condición de productores indigentes, es más fácil despertar el repudio por las causas de un dolor que sienten en su misma carne.

En la combatividad cotidiana han auspiciado los anarquistas toda acción levantisca que entrañe un deseo de independencia en quienes lo ejecuten, y un ataque a las instituciones presentes, de modo de crear en los que en un gesto afirman una pequeña rebeldía y un mínimo de descontento, una gran fuerza rebelde y el máximo de disconformidad y desarrollando por antítesis la idea de una sociedad sin los males que se ataquen. La acción en el pueblo presenta a mediados del siglo pasado, estas características y vemos intervenir a anarquistas en el movimiento de independencia de los judíos, en los movimientos republicanos, en las luchas socialistas, en las grandes huelgas, etc., con una única finalidad: despertar en las conciencias de estos rebeldes el deseo de la libertad integral y trabajar por la desaparición de toda valla autoritaria. Asi Bakounin «galopaba» por todo el viejo continente, tras las insurrecciones populares, a quienes acompañaba en la obra de *destruir*; y Malatesta vocea aun su fe en la revuelta. Vale decir que la propaganda no tiende a otra cosa que a desarrollar dentro del pueblo un deseo de crear la sociedad libre y una voluntad de *destruir* la sociedad autoritaria. Esta acción de plena conciencia ha de ser espontánea y de acuerdo con las circunstancias y lugares donde se desarrolle, y nada más. La creación de núcleos específicos para la revolución, de organizaciones que encaminen a sus adherentes a tal fin, no han cuajado nunca, y si bien existen federaciones anarquistas, estas no tienen un carácter institucional o de cuerpo; al contrario, es general el pensamiento de que la acción revolucionaria que se viene operando y que estallará algún día, será motivada en su forma externa por un hecho del momento que determinará acciones espontáneas y generales. Toda organización previa, como todo planeamiento de la vida en el futuro, han de fracasar ruidosamente, como han fracasado en la Rep. Argentina quienes—sinceramente o no—quisieron bajo la ègida de organismos y publicaciones revolucionarias, fabricar la revolución social cronométricamente.

Ante las enseñanzas teórico-prácticas que los años de propaganda del ideal van entregando a las generaciones portadoras del estandarte de redención, nos resta una verdad con la cual debemos sincerarnos: *que es obra nuestra, crear cosas de libertad, auspiciando toda acción espontánea, vale decir, no aceptando principios autoritarios y de posterior preparación.*

Con esta verdad, vamos a afirmar que las luchas proletarias, originadas por esta propaganda, deben ser una imagen de nuestro ideal libertario, y que en las luchas finalistas y de reivindicación, tenemos que desechar toda práctica que dificulte la libre asociación. A ese fin, analizaremos por parte y en varios nùmeros, los aspectos de la lucha de «clases» y los problemas de actualidad dentro de la vida de los trabajadores.

(Continuará).

Extremos

Los extremos son comparables al principio y el fin de cada cosa, de cada hecho que pueden determinarlos; he aquí por qué las comparaciones de los extremos pueden asemejarse y responder a un solo fin.

Empecemos, pues, este Mayo y que agregándolo a otros maduren sus frutos o revienten sus pétalos la flor de una nueva primavera, de una nueva juventud; y encaminémonos hacia el otro Mayo con la esperanza de que florecerán las ideas. Hacia el extremo opuesto que nos espera, hacia allá, pues, con nuestras ambiciones, con nuestras voluntades. ¿Por quién?... Por la anarquía, que es el otro extremo de esta sociedad.

Aquí, los picos blancos de las sierras. Allá, abajo, prados hermosos, campiñas cubiertas de sol y verdor, mujeres, hombres y niños que entonan al cielo y a la tierra himnos primaverales a la libertad y al amor.

Aquí, en este extremo, la sociedad sombría y fría, calabozos y patíbulos que se levantan provocando a la humanidad; niñitos descalzos, hombres y mujeres de rostros anémicos por carecer del pan, yertos de frío y cubiertos de harapos; hogares sin luz ni leña, ahogados por la miseria. Acullá el palacio, el lupanar, la loca orgía, la abundancia y el desquicio. En este extremo unos gozan mucho; en el otro, se sufre demasiado.

Este Mayo, empapado de juventudes e ideas, que nos encaminan hacia el más allá, encierra una consigna: la consigna que debemos de tener en cuenta todos los que marchamos del porvenir en pos, sin otros escudos ni banderas que la voluntad de triunfar por la humanidad, en nombre de la libertad, del amor, del bien y de la justicia.

Pues bien, de este extremo al otro, emprendamos la marcha movilizados por un solo anhelo: el de ser libres y no más esclavos, el de que todos los hombres de la tierra sean hermanos; llevando siempre en nuestra mente ésta sentencia: Contra los tiranos de los pueblos y subyugadores de la humanidad, contra los judas de las ideas, un golpe de hierro en sus pechos. Y prosigamos ansiosos de nuevo, la marcha hasta el otro extremo que nos aguarda sonriente.

FRANCISCO LATTELARO.

Lobería, 9/4 de 1924.

Sinceros y equivocados

Los pescadores de la verdad, abundan. Más aun; todos dicen poseerla, creen poseerla. De tantas verdades ¿cuál es la verdadera? Difícil problema. Hay, sí, concepciones que están más cerca de las cosas o hechos que tenemos por reales. Del estudio razonado de los fenómenos, surgen deducciones. La que más razona, la más próxima a los hechos, es la más verdadera.

La anarquía es una consecuencia de un serio análisis, de un estudio razonado, de una concepción que se dirige a lo real. Representa la mayor cantidad de verdad, es la verdad irrebatible de hoy; no es por eso la verdad absoluta, indiscutible.

¿Tenemos que considerar a los que no han alcanzando éste máximo de verdad, como lo más repudiable y abyecto?

¿Debemos ser pedantes por nuestra sabiduría y apartar a insultos y empellones a los que por no haberla alcanzado están en un campo adversario? Nuestra obra es de educación, de enseñanza. Si a nuestra *gran verdad relativa*, se oponen *pequeñas verdades relativas*, en el razonamiento, está el triunfo. ¿Está usted equivocado? Bien, clarlemos, razonemos. Procedamos así con el adversario y exijámosle a él igual actitud. Solo así se entenderán los hombres, que lo que es con desplantes de sapiencia y fuerza, no iremos a ningún lado. No hay nada más antianarquista que el dicterio soez contra el que creemos equivocado.

EL PIBE.

«Lo que nosotros queremos» y «¡Yo acuso!»

Se nos ha acabado completamente este folletito. ¿Qué hacemos, pues, con los últimos pesos que se nos remitieron para el envío del mismo? Sírvanse respondernos los interesados.

Las ciencias ocultas

En este que podríamos llamar «siglo de oro de las ciencias», nada puede extrañarnos. Estamos acostumbrados a lo maravilloso y ante el anuncio atrevido de los sabios, antes que reir, prestamos atención. La ciencia es profundamente anarquista en su desarrollo, ¡lástima que esté tan alejada del pueblo! Cada descubrimiento o invento es una nueva luz, da la idea de la movilidad de la materia, predispone al individuo a no creer en las cosas eternas, planea mundos futuros: la voz puede transmitirse de un punto de la tierra a su antípoda, una imágen puede reflejarse a miles de kilómetros, los terremotos predecirse un año antes, (1) etc. Más que vivir se vuela.

La ciencia ha mirado de soslayo las actividades de grupos de hombres que afirman que existe en la criatura humana una fuerza desconocida, sobre cuya base fundamentan el hipnotismo, la telepatía, el espiritismo, etc. No seremos nosotros—malos trabajadores y malos estudiosos—quienes neguemos o afirmemos.

Las innovaciones pueden ser buenas o malas y no vamos a aplaudir una teoría porque salga de lo común, como buena y revolucionaria, pero no seremos herméticos a la razón. Cuando se duda—decía Barrett—es cuando somos verdaderamente inteligentes. ¿Existen fuerzas ocultas, desconocidas? *Chi lo sá*...Nos lavamos las manos como buenos ignorantes que somos, pero para ilustración de quien nos lea—el saber no estorba—les informaremos de una creencia que tiende a afirmarse entre los estudiosos y que quiere demostrar la existencia de una fuerza electromagnética en el sistema nervioso. Transcribimos: «El Dr. Lazareff ha probado que los centros nerviosos cerebrales emiten verdaderas ondas electromagnéticas, de una longitud análoga a la de las ondas radiotelegráficas. A este propósito se recuerda que los físicos del siglo XVIII habían anticipado que los fenómenos nerviosos eran la manifestación orgànica de un principio, del cual el rayo era la expresión atmosférica; y Morselli formuló su teoría de las ondas cerebrales. Lanzado en esta vía, el físico eslavo no quiere detenerse y prepara una cámara especial, impenetrable a toda clase de excitaciones externas, a fin de unir eléctricamente los centros nerviosos de un hombre vivo y un difusor especial que permitirá registrar las ondas cerebrales.

Porque el Dr. Lazareff está convencido de que el cerebro humano transmite y recibe por vía hertziana, (2) y así explica multitud de fenómenos psíquicos, singularmente la telepatía» (3).

¿No será el «espíritu», que llaman los espiritistas, una fuerza electromagnética; los experimentos espiritistas expresión de energías orgánicas, luminosas o nó? *Nihil novum sub sole.*

(1) Aparato de un ebanista italiano que indica zonas y épocas de los movimientos terrestres y que su autor no patentiza por anticomercialismo.

(2) Ondas eléctricas, de forma esférica que se transmiten a gran distancia. De Hertz, su descubridor.

(3) Transmisión del pensamiento.

Una poesía de Schiller

Quiero hablar de una poesía de aquel magnífico poeta que fuera el más amigo de Goëthe y con el que formara el más extraño contraste literario imaginable.

Son diez renglones, análogos, por la inspiración del canto, a aquellos sublimes renglones con que Baudelaire forjara su «Extrangero».

Canta a Colón, tan mago en el mar cuan mago era Schiller en los ámbitos del arte.

«¡Animo, valiente navegante! Aunque pongan en ridículo tus esperanzas, aunque el cansancio rinda los brazos de tus marinos...» He ahí las primeras palabras: tienen toda la sencillez de las palabras que corrientemente recogen nuestras vidas y toda la excelsitud de las que surgen al amparo del genio. ¿Es que en este instante venía al pensamiento del poeta el recuerdo de aquel duque de Würtemberg que le había ordenado abandonar el teatro por el solo hecho de haber triunfado ya con «Los Bandidos?» ¿O es que pensaba, al trazar los primeros versos, en todos los proscriptos de la tierra que caen en ridículo por el solo hecho de pensar en el porvenir?

«Esa orilla que tu has adivinado, pronto aparecerá...»

He ahí las palabras que preparan el desenlace magnífico, imponente, rebosante de una fe casi divina. Sed testigos:

«Si ese mundo no existe, va a brotar de las olas expresamente para tí...»

Esta es toda una lección de moral práctica encerrada en dos versos: no la olvidemos nunca. Lecciones como esta, sólo se recogen de los labios de aquellos que saben recorrer con su pupila dilatada el amplio panorama de los tiempos que vienen. Sigamos nuestro sendero, resignados e indiferentes a la befa de los contemporáneos; que ellos no puedan decir nunca que nos desviaron un ápice de nuestro camino, que nos detuvieron un segundo en la forja de los poemas que integran nuestras vidas. Tengamos la sublime virtud de la sordera para todos los charlatanismos. ¿A qué habíamos de mirar las sombras de las hondonadas, si debemos seguir el camino de las cumbres?

Proclamemos *nuestro mundo* frente *al mundo;* ya no más consideración a los que no pueden seguirnos. Tengamos la virtud de la esperanza; tengamos la virtud de la fe; tengamos la virtud de creernos por hoy y por siempre, los instrumentos de un gran designio, y renunciemos a todo lo que repudian nuestras almas en sus grandes momentos. ¿Por qué dudar del porvenir? ¿Por qué dudar del mundo que vendrá?

«Si ese mundo no existe, va a brotar de las olas expresamente para tí...»

AD. C. LÉRTORA.

La Plata, 3/18-1924.

La patria está en peligro

Y no es chiste, compañeros. Los fabricadores de argentinismo lo proclaman a diario, sin apercibirse que se pisan el rabo. En esta tierra el patriotismo está demás. A la mayoría de la gente no le preocupa lo más mínimo el cariño por el suelo en que han nacido o en que viven. Somos en lo que respecta a ese punto, los más malos ciudadanos y si Carlés pudiera, nos mandaría a todos derechitos al infierno. Trabajamos, estudiamos, recorremos pueblos y pueblos, constituimos hogares, procreamos y hasta lanzamos el último suspiro, sin invocar para nada a una patria que «tanto nos quiere y tanto bien nos ha hecho y hace».

¡Cosa rara! Fuera de unos cuantos militares y políticos y algunos extrangeros *platudos*, no hay cristo que sea patriota. De vez en cuando, en las fiestas conmemorativas, la gente se alborota, pero más la atrae el ruido de la música, que la rememoración de hechos gloriosos. En caso de guerra, al noventa por ciento no se le vería ni el pelo.

Pero ahora el asunto cambia de aspecto. ¡Se trata nada menos que del ejército nacional! ¿Oís bien? ¡Del ejército de la patria, de la salvaguardia de la nación! ¿Reís, canallas, hijos desagradecidos? Es la descomposición, el caos, el *non plus* de la *civiltá.*

Al grano. Los clases—cabos, sargentos, sub oficiales, etc—han concluído la contrata y se mandan cambiar. ¡Y qué argumentos aducen! Que les pagan poco, que un trabajador gana — de acuerdo con la ley—160 pesos y trabaja 8 horas, y ellos ¡los pobrecitos! nada más que 110 y todo el día en el cuartel; que los superiores les tienen a menos, no les dan calce en sus reuniones y los recargan de obligaciones; que la disciplina de antes ha desaparecido, que los soldados se ríen, les juegan sucio y hasta si les maltratan, se rebelan; que en la calle les hacen morisquetas o les vuelven la cabeza; que venció la contrata y vuelven a su terruño; que no quieren ser más «ganchos», dejan los trapos y se van... ¡a trabajar aunque sea!

¡Pobre mi patria querida! La muchachada deserta de las filas y los mandones disparan del cuartel. Para peor, los altos jefes andan a los palos o a los espadazos entre ellos. ¡Y Chile y Brasil, por comernos crudos!

¡Una idea! Hágase de vestimentas carnavalescas y armas mortíferas, un solo montón con un letrero: «Se remata por lo que den». Y en la puerta de los cuarteles: «El que no tiene casa, que elija».

SALUD.

Impresiones de la cárcel

LAS MAÑANAS.

TODOS los días tenemos que levantarnos a la misma hora. Unos toques de campana, que en el silencio parecen más bien ayes desgarradores, nos ordenan que debemos abandonar el duro camastro que nos han dado, una tarima de madera con un colchón de hierbas secas que se apelotonan al doblarlos, y prepararnos para recibir al llavero que dentro de media hora vendrá a nuestra celda «pasando lista», operación que ejecuta dos veces diariamente, por la mañana y la tarde.

Cuando los días amanecen como hoy, grises y nebulosos, la cárcel todavía permanece envuelta en las sombras. En las celdas las tinieblas flotan como algo corpóreo, como una enorme masa informe que aplasta y dominara. Cuando hay sol, las mañanas parecen más alegres, más buenas, hasta los ruidos de los cerrojos se nos antojan que tienen más argentinidad, que no son tan duros y opacos, que no suenan tan roncos y torturantes como ahora.

La igualdad de todas las mañanas es algo terriblemente absurdo y fastidioso. Lo de ayer es idéntico a lo de hoy y a lo que vendrá mañana. El preso ha de hacer el mismo camino para irse hasta el roto lavabo; los saludos, las caras que uno ve, el cuadro que se reproduce a la vista, todo es igual, sin ninguna variación, sin ningún motivo nuevo; hasta los actos que uno ejecuta son iguales: encender la máquina, volcar la yerba del calabacillo para preparar el mate, repetir la misma frase al compañero, para esperar, corriendo las horas, la repetición de los días anteriores.

Verdaderamente, el hombre es un animal de costumbres. Se adapta a todo. Aquí todo está previsto, ordenado, repartido. La vida está enclaustrada entre el articulado de un reglamento arbitrario y odioso. En ningún acto interviene la voluntad de uno, sino que lentamente se concluye por ser una simple máquina que se mueve, anda, camina y obedece.

¡Mañanas de la cárcel! Son bien horribles estas mañanas. Más, cuando se piensa que a nuestro alrededor la vida canta y palpita, manifestándose libremente. A través del ventanuco de la celda se ven cómo cruzan los pájaros surcando el espacio, con las alas desplegadas, mientras cantan alegremente. De la calle, aunque débiles y apagados, llegan los ruidos de los vehículos que van y vienen de la ciudad. El aire mismo que llega hasta nosotros, parece que trajera del exterior la caricia insinuante de la libertad. Nuestro pensamiento se resiste a este encierro y vuela a las cosas apegadas a nuestra vida, a los hijos, la compañera, los amigos, lo que cada uno ha dejado atrás y sin embargo forma parte de nuestro sér.

HORAS QUE PASAN.

¡Como son de monótonas estas horas! Parecen que se arrastraran con pesadez, con indolencia, como si estuvieran cansadas o aburridas. Mientras estas horas pasan, señalando nuestra vida, el hastío más grande se apodera de nosotros. Un desgano enorme nos va dominando lentamente, que pone una sombra de tristeza en la mirada, una ansiedad profunda y desconsoladora, a veces, en el alma. Otras, procuramos matizarlas con la lectura y otras, con los amigos. Pero en esto tampoco interviene nuestra voluntad.

Hasta para visitarnos en el mismo pabellón tenemos destinado el tiempo. Nuestras celdas se abren de hora en hora. Cuando una campana suena, podemos entrar en la celda del amigo, cuando otra vez suena, debemos retirarnos para la nuestra. Ayer, a un compañero, mientras reíamos nos lo sacaron de la celda. Todo aquí está, tan medido y reglamentado, que hasta la expansión espiritual de la amistad, ha de ser prodigada de acuerdo con los reglamentos. Esto es odioso y cruel en extremo. Es como si frente a nuestro sentimiento, a nuestras ideas, se levantara algo así como un gran bloque negro, cerrándonos el paso a todo.

Las horas se deslizan, así, perezosas y lentas. ¿Dónde llenarlas, encontrar algo que las cubra, que destierre su hastío, que las haga amables? Yo concibo en la cárcel la multiplicación del vicio. Las horas vacías son mortales, terriblemente angustiosas. El espíritu humano ha de buscar en alguna forma, en alguna pasión, en alguna ansia, lo necesario para rellenar el hueco de estas horas que pasan, frías, muertas, desoladoras.

CAMPANAS Y PITOS.

Cada cosa tiene su lenguaje. El muro expresa bien claramente el corazón de roca de los jueces, la ausencia de toda idea de sentimiento y humanidad, en la justicia. Las bocas de los máuseres, del poco respeto a la vida del hombre; los barrotes y las rejas, del espíritu inquisidor y brutal de los que gobiernan los destinos de los pueblos. Muy mala sociedad es esa que garantiza el orden y la paz social con estos medios infamantes de tortura.

Los cerrojos nos repiten, en ese lenguaje hosco y duro, la venganza de los hombres ejercida en la mutilación de nuestra libertad La sola presencia de los guardianes nos dice de la ignorancia y la brutalidad, del rigor y la disciplina convertidas en norma de vida para contra nosotros.

El reglamento, esa cosa fría y tiránica, habla por las campanas y los pitos. Pitos y campanas que se han apoderado de nuestra vida y nos dan sus órdenes, a las que debemos ciegamente dar cumplimiento. Pitos y campanas por la mañana, por la tarde, por la noche, a todas horas. Campanas y pitos para levantarnos, campanas y pitos para caminar, campanas y pitos para comer, campanas y pitos para la correspondencia, para la lectura, para la cena, para dormir, y hasta después, en las altas horas de la noche, las campanas y los pitos siguen gritando en el silencio, como si quisieran apuñalear las sombras.

¡Aquí se nos habla así! Nuestra vida está en ese pequeño instrumento que se halla a la entrada de la cárcel. Ella reparte nuestra horas, ella es la que con su badajo nos dice si debemos hablar o callar, caminar o sentarnos.

Los señores jueces deberían vivir así; en esta tortura infamante, sufriendo el silbido de los pitos y los ayes de la campana que parece un clavo que se nos mete en el cerebro pretendiendo matar nuestro pensamiento.

M. ANDERSON PACHECO.

Cárcel de Bahía Blanca.

De la crítica

La crítica, siempre ha sido la maestra de los pueblos a través de toda la historia. Hermanada con el espíritu de libertad latente en los corazones sensibles al dolor humano, ha sido, por así decirlo, la engendradora e impulsadora de las revueltas y de las revoluciones reivindicadoras. Ella es la que da a conocer a los oprimidos, su triste situación de esclavos y explotados; las injusticias y los atropellos de que son víctimas por parte de todos los prepotentes y gobernantes, y ella es la que nos muestra la maldad de los gobiernos, poniendo en descubierto sus horribles tentáculos que aprisionan y estrangulan todo espíritu libertario.

Es maestra y creadora. Es maestra porque se encarga de enseñar, señalar y descubrir los males de lo existente; y es creadora porque en esa forma estimula y obliga a crear lo nuevo y mejor, en reemplazo de lo viejo y peor.

Sin ella no existiría el progreso. El estancamiento sería absoluto. Sin la visión de lo malo y perjudicial, sería inútil todo intento de formas de vida más racionales. Se edificaría en vacío, lo que sería ilógico y no factible.

———

Juzgar, emitir un juicio en pro o en contra de un determinado hecho o cosa, en la forma más imparcial posible, es criticar. Obra digna de anarquistas.

Verter una opinión interesada, hablar sin conocimiento de causas, porque así lo requieren las propias conveniencias, es chismear, es mentir a sabiendas. Obra de mercenarios y por tanto indigna de anarquistas.

———

La crítica a nuestros actos, serena, imparcial, desinteresada y libre de los bajos apetitos inherentes al ambiente en que actuamos y nos desenvolvemos, es provechosa, más aun, indispensable.

Ella es la que nos da a conocer los errores y fallas en que hemos incurrido; la que nos hace meditar y recapacitar (algo poco común entre nosotros); la que nos aleja de malas

prácticas; y la que nos hace visible los conceptos erróneos, que por lo general, inconscientemente nos impulsan a obrar injustamente y a veces en forma autoritaria, a pesar de ser sus enemigos declarados.

Desgraciadamente estamos lejos aun del momento en que sepamos razonar, en que sepamos confesar con franqueza nuestras faltas y en que acojamos con cierta benevolencia la crítica a nuestros actos.

Es innegable la existencia de causas circunstanciales que impiden tal forma de proceder. El «amor propio», la «dignidad», la «vergüenza», el pretender ser infalibles y otras cualidades propias de los tiempos en que vivimos, influyen de tal manera, que se imponen y triunfan sobre la razón y la lógica, cuando lo digno y honroso sería todo lo contrario. ¡Nada más hermoso que confesar un error y reconocer una verdad, enseñanza al fin, que se incorpora al caudal de verdades! Nada de eso. ¡Es vergonzoso y muy duro dar el «brazo a torcer»!

———

La realidad nos hace constatar que los amigos de la verdad, de esa verdad que constantemente está en formación, vale decir, los anarquistas, nos indignamos cuando alguien pretende criticarnos, poniendo en descubierto nuestros errores.

Desde el momento en que somos amigos de la verdad y de la crítica sana, ¿por qué nos duele tanto cuando se ejerce en nuestra contra, en forma razonada y sincera? Y lo que es peor, ¿por qué en lugar de defendernos lealmente, razonablemente, lo hacemos a base de insultos y calumnias, como vulgares periodistas mercenarios?

¡Es realmente doloroso observar la forma en que se desenvuelven las relaciones entre compañeros, las que deben ser a base de cordialidad, sinceridad y sobre todo, respeto mútuo!

¡Qué bellas e instructivas serían las discusiones y polémicas sobre distintos métodos de lucha y divergencias doctrinarias!

¿Por qué no ponerlo en práctica? Anarquistas, en las reuniones, en las asambleas, en las tribunas y en todos lados. Anarquistas en la práctica, por ninguna parte.

———

Combatir en todo momento y donde se encuentren las prácticas y vicios autoritarios, es hacer obra anarquista y es la base fundamental de toda crítica libertaria. Seamos consecuentes con ella.

MAURO FEDERICO.

¿Hasta cuándo?...

—Una limosna por el amor de Dios.

Volvemos la cabeza; allí, acurrucada en la escalera de acceso al andén, una mujer demacrada tiende su mano. En sus brazos, durmiendo plácidamente, un niño cubierto de pingajos mugrientos.

—Perdone, hermana.

Y nos alejamos, tristes, avergonzados.

Y nos alejamos para no gritar lo que en nosotros grita, para no enrostrarle a los hombres su cobardía, esa su cobardía abyecta, su cobardía de gusanos.

Quisiéramos gritarles «¡cobardes!» a todos los que pasaron indiferentes ante el dolor de esa madre, a todos los que no abatieron sus frentes azotadas por la vergüenza, a todos los que tienen novia, a los que, ya padres, hacen sufrir a sus hijos el tormento de una vida brutal y miserable.

Porque es cobarde acción la de fecundar la hembra, cuando no se ha sabido conquistar antes el bienestar para el hijo que se gestará en sus entrañas.

Porque es cobardía lanzar hijos a una vida en la que se sabe han de sufrir o hacer sufrir, sin haber tratado antes, de hacer algo para que esa vida que debiera ser una bella ofrenda, no sea un castigo.

Es cobardía, porque ningún hombre tiene derecho a perpetuar su esclavitud en sus descendientes, porque no tiene derecho a hacer sufrir a otro ser los dolores que él sufre.

Un obrero muere tuberculoso por el exceso de trabajo y deja a su compañera y a sus hijos en la más espantosa miseria; hace de ellos las víctimas de su cobardía.

Ese hombre trabajó toda su vida, fué dejando pedazos de sus pulmones en la fábrica. ¿Para qué? Para redondear la fortuna del que lo explotaba, mientras sus hijos languidecían de hambre.

¿No es cobarde sacrificar la felicidad del propio hijo a la avaricia de un potentado que nunca produjo nada?

¿Por qué ese obrero no guardó para sí lo que producía?

La vida societaria

LA existencia del hombre implica la existencia de la sociedad, que es el medio natural en el cual se desarrolla y fuera del cual no hay más posibilidades que el retrogradamiento y la animalidad más o menos refinada. No cumple la demostración de hechos que contínuamente corroboramos, pero sí el constatar que el espíritu egoísta de la época tiende a la destrucción de ese principio de defensa de la especie que es la sociabilidad.

La idea de Nación, que circunscribe las actividades de la humanidad a grupos más o menos numerosos de individuos, limitando sus actividades a fronteras preestablecidas, fundamenta este principio egoísta, se interesa—en la letra al menos—por el bienestar de esa parte, olvidando el conjunto social. Los que pueblan la región llamada República Argentina, constituyen obligada y legalmente una Nación, para la que deben procurar el máximo de engrandecimiento y potencialidad, lo que trae aparejada la exclusión en sus actividades creadoras, de las otras regiones vecinas o lejanas, tal el armador que en el baradero común orienta sus energías y las de los hombres a sus órdenes, en fortalecer y embellecer el navío cuyo título de propiedad detenta. Nación y patria son dos términos paralelos que se defienden como propiedad. Oíd al naviero: «mis máquinas, mis bodegas, mi barco». Parangonadlo con el nacionalista: «nuestra industria, nuestro suelo, nuestras riquezas». Y este espíritu desarrollado en los hombres crea un deseo absorcionista: en regiones que escapan a sus fronteras flamean las insignias representativas de la nación de origen o aclimatación, y constituyen sociedades de ayuda, clubs y escuelas, entre los de una misma nacionalidad, lo que implica el abandono de los de las otras colectividades a quienes cierran las fronteras o ponen trabas, cuando no pretenden ensanchar más sus dominios, incorporando por la fuerza, tierras y poblaciones, que el día anterior repudiaron y para quienes en las cátedras públicas, en los cuarteles y en las escuelas, cultivaran el odio.

Toda reunión de hombres con fines exclusivistas han resultado siempre perniciosas. ¿Diréis que el mal no es nuevo? Verdad, pero en vez de una justificación, es ello un motivo para la lucha por su extinción. Es cierto, sí, que las organizaciones en familia de los comienzos de la civilización—matriarcado o patriarcado—tuvieron esa base; que existieron clanes y tribus, ciudades libres, cantones y guildas, estados feudales y condados, etc; pero también es cierto que el conjunto social fué desarmónico y que las guerras intestinas sólo desaparecieron ante el peligro de las guerras nacionales y que la esclavitud fué hija de estas asociaciones aisladas, incapaces de la defensa ante la superioridad de la fuerza.

¿Y cuál fué la solución a tan desastrosa organización? La unidad territorial, la formación de naciones,—argumentaréis. ¿Pero, acaso, el cuadro social no fué el mismo? Desapareció la vida azarosa de la tribu en guerra con la tribu, de millones de hombres divididos en pequeños grupos, en eterna lucha, pero surgió la guerra nacional, las luchas por la defensa de la unidad territorial, por el engrandecimiento de las posesiones; ejemplo vivo de ello, el imperio romano. Fué en este espíritu de Nación en el que se fundamentó como consecuencia el de Estado; y los Imperios se extendieron en el mundo conocido, en lucha exterior, pretendiendo cada uno de los jefes de pueblos dominar a todos los demás, y en lucha interior, pues poblaciones de orígenes distintos, pueblos en antiguas rencillas, intereses contradictorios, no podían avenirse. La idea de divinidad, autoridad y propiedad, resumidas en el Estado, representación de la nación, fué sacudida en sus bases y vino el desmembramiento general que caracteriza a la Edad Media, proceso éste que se repite en la Rusia cuyos extertores nos toca testificar. Se pretendió y se pretende hacer de la sociedad de los humanos, grandes Estados, pero estos principios pugnan con los principios profundamente societarios de la especie y nacen condenados a una rápida o tardía liquidación; desapareciendo las naciones, con ellas desaparecerá el gobierno, y con el gobierno la acaparación o división de la propiedad.

Las corrientes intelectuales, las necesidades económicas, el avance de la ciencia y de la industria, la movilidad de las fuentes civilizadoras, obligan a la relación entre los hombres, aunque vivan en regiones apartadísimas los unos de los otros. El medio social cambia minuto a minuto, la capacidad societaria aumenta, los hombres se elevan y en procesos lentos o en acciones rápidas, abaten lo que pretende interponerse a sus nuevos ideales, lo que choca con su visión amplia de la vida. Esa es la obra, que el espíritu societario que anima a las ideas anarquistas, viene desarrollando en todos los órdenes del pensamiento y de la acción; esa es la realidad que los pueblos palpan, luego de miles de años de pequeñas y grandes naciones, la verdad que se aprontan a demostrar en hechos, que: **La humanidad conquistará el máximo de felicidad, si realiza la vida en completa sociedad y libertad.**

JOSE M. LUNAZZI.

¿Por qué no arrebató al patrón lo que éste le robaba?

¿Por qué no se defendió de su enemigo, en aras de la dicha de ese ser que él mismo creara por voluntad propia y el cual no estaba obligado a soportar penas de delitos que nunca cometió?

Solo supo aceptar el calvario de su vida sin una queja; siempre hizo de su prole, turba infeliz, sin que los gritos de su conciencia fueran bastantes a sacudirlo de su letargo suicida.

Nunca se rebeló su corazón al ver los niños harapientos y las madres famélicas. Solo supo callar, callar siempre. Y los hijos purgan el delito de las cobardías de sus padres; y las madres purgan el delito de la cobardía de sus compañeros.

¡Y así, siempre!

¿Hasta cuándo?...

VICENTE FAVIERI.

Lanús.

Critiquillas

Absurdos.—El afán de escribir empuja a ciertas personas al insondable abismo de los absurdos y abstrusidades. Hace poco decía una de esas personas, que no se concebía la libertad sin una cierta dósis de «esclavitud racional». ¡Esclavitud racional! Y la publicación que editaba este absurdo, no hacía al autor del mismo ninguna observación.

Un anarquismo que deglute semejantes cosas sin esfuerzo, y en cambio no puede tragar las más simples evidencias expresadas contra el espíritu autoritario que algunos le hacen el favor de observarle, es ciertamente un anarquismo *sui géneris*.

Cuando los tiempos críticos que atravesamos hayan pasado largamente, dirá el historiador al referirse a este momento de nuestras cosas: «Fué una época de conjuntivitis aguda, complicada con hidrofobia y bellaquería». Y todos caerán en la volteada. Menos los que continúen haciéndonos el favor de observarnos ciertos dislates.

Recursos.—No ha habido un solo movimiento de progreso social, que no haya sido provocado por las minorías. Las mayorías no hicieron otra cosa que sofocar, perseguir, asesinar a las minorías. Fué Galileo, fué Servet, fueron todos los crucificados, los quemados, los escarnecidos, es decir, las minorías, los que tuvieron en sus tiempos razón contra las mayorías de sus tiempos mismos.

Observada la historia y analizado el sufragio universal,—última fórmula para la consecución del poder,—los anarquistas hemos llegado a la siguiente conclusión: que las minorías son frecuentemente las que se hallan más próximas a la verdad.

No se crea, por esto, que ésta conclusión sea para ninguno de nosotros artículo de fe. Sabemos que se puede estar en minoría y no tener razón ninguna. El error es humano, y lo mismo puede encontrarse en un grupo cualquiera, que en la sociedad.

Pero juzgar del propio acierto, por los sufragios o las adhesiones conseguidas, y proclamar esto a todos los vientos, como una evidente confirmación de nuestro propio acierto, es una estupidez monda y lironda, que tiene de verdad tanto como las afirmaciones de las sagradas escrituras frente a las de la profana ciencia.

En el campo anarquista suele, sin embargo, recurrirse a esta clase de argumentos, cuando se procede con deslealtad. Y así, no es extraño que tengamos que leer un día, cuando conviene a ciertos intereses, palabras como estas: «No hemos de fiar en la virtud del mayor número como poseedor de la verdad. Es pasible de equivocarse, mal del que no están exentas las minorías». Para leer después, diez y siete días más tarde, sobre las mismas páginas, cuando son otros los intereses en juego, estas que contradicen las anteriores: «Si equivocados somos nosotros...no parece que esto ocurra,—menos aun por las manifestaciones que se vienen produciendo y por las adhesiones que recibimos».

¿Estamos? No hemos de fiar en la virtud del mayor número, pero sí hemos de proclamar nuestros aciertos por la cantidad de las adhesiones. Son estas ambigüedades ¿sí o no, recursos de recurreros?

Anécdota.—Hace muchos años, leíamos en una polémica estas palabras: «libertad racional». El que las escribiera entonces, era un anarquista que se dirigía a otro, considerado como un traidor en ciernes, porque este quería de la libertad el uso y hasta el abuso, como reclamara Alberdi para la libertad de imprenta.

Aquel anarquista de la libertad racional, hombre muy dado a sacar a cada rato a relucir la ciencia, para atragantar a su adversario, *racionalisó* tan bien su idea de la libertad, que fué, tiempo después, a parar a subsecretario de Estado, en un gobierno de provincia. ¿Y el de la libertad hasta con abuso o sin cortapisas o a la bruta? ¿Ese? Continúa siempre en la pelea y supo siempre también, usar de la libertad, sin haberle tenido jamás, nadie, que reprochar un solo ataque a la libertad de los demás.

De esta anécdota no deducimos nada. Bien podían haber sucedido las cosas al revés. No vamos pues a estampar aquí ninguna afirmación, que fácilmente podría ser destruída con otra anécdota. Sólo queremos advertir a los que se entusiasman con las adhesiones de gentes que no conocen, y deducen y confirman por ellas la buena posición en que se encuentran, que no injurien jamás a los advesarios, que no les achaquen intenciones que no conocen ni vicios que no comprueben, y que no se atengan a ninguna alcahuetería, por bien urdida que se la presenten, pues puede suceder que luego de transcurridos algunos años sobre el instante que pisan, sean sus adherentes de la hora actual, los únicos dignos de ser injuriados y sus adversarios de hoy, los únicos acreedores a todo su respeto y afección. ¿Y para qué poner en el interín calumnias y diatribas que luego no sabríamos cómo hacernos disculpar?

Seamos leales siempre. Digamos siempre la verdad. No nos hagamos eco de las voces que surcan en las ondas el espacio. No seamos como los aparatos radiotelefónicos.

Saludos.—Protestábamos hace poco contra los saludos sindicales y anárquicos. Decíamos entonces que no sabíamos cómo podrían traducirse en hechos, esos saludos. Y ahora, para que no nos quejemos, acaban de enviarnos una carta en la que se despiden de esta suerte: «Salud y menos bilis».

Confesamos que esto tampoco lo hemos entendido. Posiblemente la carta ha sido mal dirigida. Quizás era para otros más duchos en el arte de biliar. Pero como con ella nos han llegado unos pesos, quedamos profundamente agradecidos. Las penas con pan son menos. Y el que paga con rabia, paga doble. De esto se deduce que el deudor se torna en acreedor. Devolvamos entonces los saludos y su pequeño anexo. Y quedemos a manos. Es lo justo.

De las ligas

Cuando las instituciones públicas, caídas en la corrupción, la inmoralidad y el desprestigio, se bambolean como una nave sobre las móviles olas, entonces hacen su aparicición las tiranías, y lo mismo la prensa, como la escuela, como la tribuna, se convierten en sus incondicionales servidoras. El despotismo clásico entra en escena por la puerta de todos los timoratos, dicta sus lecciones de obediencia servil a todas las conciencias, y desde el centro hasta la periferia, todo se torna agresivo, reaccionario, estúpido e innoble. Es este el gran momento en que afloran las inferioridades, como los hongos tras de las lluvias, en que les nacen a las instituciones sus más obsecuentes salvadores. Y con los salvadores surgen las ligas y las asociaciones pro defensa de las sagradas leyes, las gloriosas tradiciones, el inmarcesible honor.

Este fenómeno es común a todas las instituciones, así para las que detentan al poder político-social, como

para las que usufructúan cualquier otro poder más inferior.

El montón airado de la récua frecuentemente mansa y feligresa, que se revuelve en esas tristes horas contra los innovadores y sus opiniones, no prueba, sin embargo, la razón de sér de esas instituciones; por el contrario, es remarcada seña de su más absoluta inocuidad: su carencia de arraigo, su falta de valor, su flaqueza de espíritu y su pérdida de vitalidad.

¡Pobres de aquellas instituciones que necesitan de esos salvaguardas constituidos en ligas o asociaciones de defensa de su nombre o de su tradición! Ellas están, igual que armas melladas dignas de la panoplia de un museo, destinadas a enmohecerse lentamente entre las manos cómplices de sus inoficiosos salvadores.

No aceptemos nunca, compañeros, defensores de ninguna naturaleza, ni interesados ni gratuitos. Prefiramos morir con honra, noblemente, al pie de nuestro derruido bastión o de nuestra bandera desflecada, antes que vivir como incapaces: gracias a todas las impotencias apretujadas en un solo haz bajo un estandarte despavorido.

La verdad

«Venera a tu maestro». Estas palabras pronuncian las madres todos los días cuando mandan sus hijos a la escuela.

Venerar tu maestro quiere decir venerar la mentira, el odio y el fanatismo. Sabemos que en las escuelas nacionales jamás los maestros dicen la verdad.

Yo pienso con horror en los que eran mis maestros en mi infancia, esos hombres sabios que con tanto aplomo, con tanta tranquilidad me enseñaban a odiar a los que moraban más allá de la frontera dinamarquesa.

Hoy, quizás, hayan cambiado; serán venerables ancianos pero, con todo, mi conciencia los desprecia. Las horas que me robaron, jamás me podrán devolver: horas que contra mi voluntad tuve que emplear para aprender de memoria capítulos enteros de la biblia, horas para jamás olvidar los nombres de los grandes criminales nacionales, horas enteras arrodillado ante la imagen fría y fantástica de dios, horas de juventud y vida convertidas en horas de vejez y muerte.

¿Quién se ha atrevido en su infancia a dudar de lo que el maestro enseñaba? ¿Quién se ha atrevido a decir que lo que él llamaba verdad era mentira, lo que llamaba patriotismo, tan sólo odio para con el desconocido?

¿Cómo es que hoy, los que antes no se atrevían ni siquiera a dudar de las palabras del maestro, reniegan de sus enseñanzas por completo y en mayoría?

¿Qué fenómeno ha producido cambio semejante? ¿Habrán sido otros maestros, que otras enseñanzas nos han dado? No; son las ideas que nacen de inagotable manantial, para luego tomar posición en la mente humana.

Maestro no hay, ni jamás habrá con perfección suficiente como para poder enseñar la verdad, teniendo por verdad lo que es infinito. Hermoso es el cementerio cubierto de flores de perfumes deliciosos, mas, abajo, todo es podredumbre y fealdad.

Todos los días, miles de veces, oigo pronunciar las palabras justicia, amor, paz e igualdad, pero estas palabras serán siempre huecas y sin sentido, faltándoles, como les falta, la verdad.

Todo los días los hombres proclaman la verdad, hasta que por fin la muerte, única representante de ella, piadosa extiende su manto sobre los hombres.

JUAN CHRISTIÁN.

El huevo de Colón

Acaba de descubrirse un novísimo anarquismo: el plebeyo, que añadido al descubierto no hace mucho: el anarquismo nuevo, nos presentan dos casos de formal politiquería. Ambos se apoyan en las «masas organizadas» y refieren casi toda su actividad a las realidades transitorias, a lo que no es más que un accidente en el camino de la libertad. Ambos son descalificadores y proceden por exclusión en los campos de sus correrías, tirando a muerte a sus adversarios. Ambos, en fin, emplean las mismas armas, por ansiedad de predominio, y llevan la guerra contra sus opositores atacándolos por lo inferior: desde el estómago para abajo, quizá por temor a las lides del pensamiento.

El anarquismo viejo, aquel que levantara su pendón de combate contra la sociedad en general, contra sus vicios, sus corruptelas e injusticias; ese anarquismo viejo que gritaba a cada instante: «no queremos oprimir ni ser oprimidos»; que antes de pasar la escoba en el medio ciudadano, comenzaba por barrer su propia pieza; que deseaba a cada momento ser discutido, con el relevante propósito de mejorarse, de aprender y de convencer, no de vencer como en una justa de caballeros, ni de ganar como en una apuesta de jugadores; que usaba por consecuencia consigo mismo, un lenguaje llano y franco, sin ser canalla como en las tabernas o en los prostíbulos, y sabía tratar al adversario sin poner de por medio esas gruesas palabras definitivas, que ofuscan todo entendimiento y «rompen todo puente de reconciliación»; ese anarquismo viejo, sí, por cuya belleza vienen a nuestro campo tantos jóvenes; que finca en la conciencia el positivo, el permanente triunfo, no tiene, para los catecúmenos de los dos anarquismos descubiertos, ningún valor, ninguna misión, ningún pito que tocar en las batallas por el porvenir. Y por eso, para hacerlo odioso, para desconceptuarlo y poder continuar en posesión de ciertos títulos, ciertas haciendas y ciertos señoríos, los del anarquismo nuevo dieron en llamarle «fósil», al viejo; y hoy es el día en que los descubridores del plebeyo, acaban de rebautizarlo con el nombre de anarquismo aristocrático.

Estamos, como se ve, ante una punta de descubridores, o de aventureros, como también se denomina a estos. Lo cierto es que después que Colón parara el huevo, dejó de ser difícil continuar parándolos, a cuantos conquistadores le siguieron.

Contra la reacción

La insaciable avaricia del capitalismo trajo como consecuencia la guerra de 1914 a 1918 y la diplomacia secreta que cada una de las potencias europeas había infiltrado por todas partes, no cesaba un momento de atizar el fuego que más tarde produjera la terrible hecatombe que tan tristes y fúnebres recuerdos ha dejado en los pueblos. La competencia que cada uno de los diferentes bandos se hacía para monopolizar los mercados comerciales o industriales del mundo, no podía traer otro resultado, y por encima de todo sentimiento de humanidad, fué colocado el más brutal y desenfrenado egoísmo de la casta poderosa. Y esa diplomacia que desde hacía mucho tiempo venía trabajando subterráneamente, terminó por desencadenar el fatal incendio, que se extendiera por toda la vieja y guerrerista Europa y parte de América, arrasando todo lo que de bueno encontraba a su paso.

La consiguiente borrachera de sangre, parecía no querer terminar nunca y los efectos que producía eran cada vez más terribles y trágicos y un manto negro se iba extendiendo por todas partes como queriendo avergonzar a los que habían sido y eran la causa de aquel exterminio, de aquella desolación, de tanta muerte. Pero estos no veían o, mejor dicho, no querían ver nada, y seguían echando leña a la hoguera. Y su «ceguera» hubiera continuado, si algo imprevisto no les llamara a la realidad, al mismo tiempo que les decía: «¡Basta! El enorme, el monstruoso Moloch ha bebido tanta sangre, que su enorme vientre está para reventar».

Cuando abrieron los ojos aquellos trágicos personajes, vieron que allá cerca de ellos avanzaba un gigante, con una antorcha en una mano, una bien afilada hacha en la otra y un gesto amenazador. Enseguida lo conocieron y, por un momento, el mayor pánico se apoderó de ellos; pero no tardaron en reaccionar, dándose cuenta que amenazaba con hacer purgar sus crímenes, tanto a unos como a otros. Se aprestaron entonces a la defensa, olvidando para ello sus rencillas personales.

La batalla fué entablada y durante la lucha no faltaron espectáculos imponentes. Nuestro gigante había sido rodeado de enemigos por todas partes; y si bien es cierto que él había recibido algunas heridas, también había producido bajas al enemigo. Pero héte aquí que de pronto notó que a su lado tenía un hombrecito que se manifestaba su aliado. Creyendo de buena fe en su «amigo», siguieron combatiendo, hasta que un día divisaron a sus enemigos, que aparecían portadores de banderas blancas, que en aquellas manos aun chorreando sangre, ofrecían un trágico contraste. Cesó el combate y los emisarios del enemigo expusieron el propósito de hacer la paz. Nuestro gigante desconfiaba de la buena fe del propósito y no parecía decidido a ceder, pues veía en ello una trampa del enemigo; pero su aliado, su pequeño como astuto aliado, le pidió, le rogó, hasta le imploró que dejara todo en sus manos, pues él sacaría ventajas del asunto. Y aquél valiente, aquél héroe gigante que había sabido luchar contra tantos enemigos, venciendo a algunos de ellos, fué vencido esta vez por la astucia del enemigo y la traición del «amigo». ¡Sí! La traición y la astucia fueron plasmadas en el célebre tratado de Brest-Litovs; y el gigante (el pueblo ruso) sufrió allí su primera y principal derrota, pues si bien es cierto que después protestó y quería seguir luchando contra sus enemigos y dar su merecido al traidor, (el partido bolchevique) éste había preparado la trampa con toda precisión y sus esfuerzos fueron vanos. Ya había sido vencido; y desde aquel momento empezó de nuevo su vía crucis.

¡Sí! El rebelde, el indómito Prometeo fué de nuevo amarrado a fuertes rocas, con fuertes cadenas.

El desequilibrio existente antes de la guerra, fué acentuándose más y más, y al terminar ésta, seguían en pie las causas que le habían dado origen.

Aunque en apariencia hubo vencidos y vencedores, en realidad todos fueron vencidos o vencedores. Hubo, sí, alguien que salió completamente derrotado, deshecho. Y éste alguien fué el proletariado universal.

Los gobiernos de todos los países, ante el altivo gesto del pueblo ruso, veían en todas partes el fantasma de la revolución vindicadora que les haría pagar sus crímenes y bastaba una simple huelga, un simple gesto de los obreros de cualquier país, para desencadenar sobre ellos la reacción más brutal y salvaje.

Como exponentes de toda esta debacle, vemos desfilar por la trágica pantalla, el martirologio del proletariado ruso, derrotado y vencido por la dictadura del gobierno bolchevique; al proletariado italiano cercenado y sangrando aun, por la lucha mantenida con las bestias de camisa negra, con las fieras sanguinarias del fascio. Vemos a la dictadura militar española que cual enorme serpiente se enrosca al cuello de ese pueblo ahogando las voces, los gritos, los gemidos que los obreros y algunos hombres rebeldes, exhalan contra la despótica y bárbara monarquía borbónica. Y... ¿para qué seguir? Vemos al gobierno socialista alemán, al republicano francés, al no menos republicano argentino, al plutocrático yanqui, a todos, en una palabra, perseguir, encarcelar, flagelar y matar a todos aquellos que aun tienen la valentía de gritarles sus infamias y sus crímenes.

Pero, aun vemos más; vemos a todos estos gobiernos, empeñados en una riña furiosa, disputándose de nuevo las codiciadas presas. Los vemos afilarse los dientes, las uñas y las armas (diplomáticas se entiende), buscando el modo de arrastrar una vez más a la matanza a los pueblos, pues para obtener ellos buena cosecha, necesitan abonar «sus» campos con montones de cadáveres y ríos de sangre humana.

¡Anarquistas! Trabajemos, redoblemos nuestros esfuerzos, despertando la conciencia del pueblo trabajador, para que estos hechos no se repitan y para de una vez por todas, derribar el armatoste capitalista.

CRÁTER.

Las fuentes del progreso

El mercantilismo ambiente ha creado una concepción, cuanto más errónea más arraigada, que hace derivar todos los procesos del trabajo, de un punto de vista utilitario, cuando el análisis razonado nos demuestra lo contrario. Entiéndase que hablamos del trabajo, como expresión de las actividades creadoras de los hombres: manuales o intelectivas, musculares o cerebrales, divisiones éstas, falsamente establecidas, desde que fuera de los hechos subconcientes o inconcientes, a que la costumbre—filogenia y ontogenia—nos determina, todos los demás actos (trabajo propiamente dicho, pensamiento y sentimiento), derivan de fenómenos psíquicos, cuyo catalogamiento es imposible por dimanar de un eje central: el cerebro. El pensamiento desarrollado es el trabajo, que se expresa en formas distintas, pero íntimamente ligadas. El que ara un campo ejerce una acción muscular que se traduce en la tierra roturada, una acción intelectual cuya consecuencia es la rectitud y profundidad del surco y una acción sentimental expresada por el mayor cariño y dedicación que para el fin propuesto emplee; el médico aplica sus conocimientos mediante trabajo muscular y bajo una exaltación emotiva; el pintor traduce en la tela sus impresiones, mediante trabajo manual y las aplicaciones técnicas de un estudio previo. Todas las fuerzas se complementan al crear y dejan a los estériles la labor del coleccionista.

¿Pero esta producción es hija de fuerzas propias al hombre, se ejerce espontáneamente o hay algún factor exterior que la determina? Sí,—os gritarán a voz en cuello,—trabajo, descubrimientos, inventos, giran alrededor de un móvil único: la compensación. Y añadirán sentenciosamente: *el progreso es consecuencia directa del interés; sin intereses no hay vida posible.* Claro,—razonaréis,—existe en cada hombre el deseo de propagarse, de contribuir con parte o todas sus energías, al desarrollo del medio en que vive; desmenuza la tierra para sembrar en ella; construye máquinas, las perfecciona, da forma a toneladas de mineral o pule piezas micrométricas; levanta torres hasta las nubes o entrecruza admirables galerías en el subsuelo; extingue su vida en los laboratorios tras el microbio mortífero o en procura de la ansiada reacción química; escruta con potentes lentes los misterios celestes, queriendo arrancarle a lo ignoto los secretos de su eterno girar, o se eleva en frágil nave a miles de metros sobre las altas cumbres, queriendo abrazar, dominar, el agua y la tierra, el aire y hasta el sol; se desvela noches y noches para arrancarle al mármol, al arco, al pincel y a la pluma, la belleza de la forma, del sonido, del color y de la palabra. Si no hubiera interés por la obra a realizarse, seguro es que ella sería defectuosa o nula. El interés de hacer, de crear, de investigar, mueve a los hombres y fomenta las más grandes obras, os decís. Pero no es a ello ¡oh, idealista! a lo que en este bajo mundo se hace referencia. ¿No veis? Os miran estúpidamente; asombrados. ¡Lírico! El interés de ellos es otro, del momento, práctico, y se tasa en grandes pilas de oro, en riqueza amontonada, y no riqueza de energías, de inteligencia, de sentimiento: no en lo que tú crees, ateo o profano del mercantilismo, sino riqueza de cosas, de lujos, de vicio, de dinero; por eso repiten siempre: el interés es progreso, el dinero es progreso.

***

Oid a Sylock cómo argumenta por sus labios: «La evidencia, la experiencia, son la suprema verdad». Y la verdad para ellos es el pasado.

Desde el primer padre hasta hoy, ha sido siempre igual y el mundo no cambiará,—agregan. ¿No véis? El bíblico plato de lentejas se ha perpetuado en la historia y se perpetuará. ¿Las civilizaciones orientales, no llegaron a interesar a Grecia y Roma por el tráfico de telas, especias y maderas que las relaciones comerciales establecieron? ¿Los navegantes cartagineses, no ensancharon el mundo conocido al lanzarse en busca de tierras donde establecer sus factorías? ¿Qué otros fines movieron a Roma en su afán de conquista? ¿Y las corrientes colonizadoras que de Inglaterra, España y Portugal partieran para las costas de Africa, Asia, las Indias Orientales, no fueron en el fondo más que corrientes económicas? ¿Y los hermanos Pinzón, Colón, Gaboto, Magallanes y tantos otros, no se dejaron llevar por el espíritu de ensanchamiento, de conquista, de la época y creyeron al llegar a América descubrir las deseadas Indias Occidentales? Ingleses, portugueses y españoles, al internarse en los bosques del Missisipí, en las montañas mejicanas, en las selvas brasileñas o las regiones andinas, en lucha abierta contra la naturaleza hostíl y el indígena avizor y guerrero; H. Cortés, P. de Mendoza, Pizarro, Irala, militares, frailes y antiguos presidiarios, ¿trataban de aportar datos nuevos a las ciencias, de regenerar a los salvajes o, por el contrario, era el asalto su razón, el «botín» su ley y las minas de oro su ideal? ¿No fué la protección de la Iglesia la que dió alas al Renacimiento Italiano, y la fastuosidad del Palacio de los Médicis y la bolsa dadivosa de los reyes, que movieron el pincel de Miguel Angel y la lira o los labios de músicos y juglares? ¿Y el ejército de Napoleón, conquistador sumo, no permitió a los egiptólogos llegar al pie de las Pirámides y descifrar sus enigmas? ¿Y la esperanza de encontrar lingotes de oro, no permitió la contemplación de la Vénus de Milo y que la Vía Apia

"Sed"

Tal es el título de un libro de versos agradablemente presentado, que acaba de publicar nuestro amigo y asiduo colaborador compañero C. Delgado Fito. No son versos rebeldes, de aquellos que en ocasiones especiales solemos editar en estas páginas, repletos de proclamas tumultuosas y ruidos de batalla. Son mucho menos que eso y mucho más.

Mucho menos, porque con ellos no podríamos inflamar a ninguno, de santa indignación contra los males de nuestra sociedad. Mucho más, porque son suaves, ledos, sencillos, muy humanos, que entran al corazón como en voz baja, dicen el sentimiento que los llena, transmiten la emoción que poseyera al autor cuando los escribió, y nos dejan pensando sin pensar, absortos sobre un mar de sensaciones que se diluyen en los infinitos.

Las composiciones de este libro son casi en su mayor parte pequeñitas. Siete, diez, doce líneas de una, de dos, de cinco u ocho sílabas, y ya quedan como con una breve pincelada subjetivista, la idea o los sentimientos expresados. Podríamos decir de todas ellas que cabe cada una en un dedal. Cautivan más por lo que sugieren que por lo que dicen. Y algunas de ellas son tan onomatopéyicas, que más que con palabras se diría que hubieran sido escritas con sonidos.

Sin estridencias de ninguna clase, se nos adentran fácil y nos conmueven. Y todas juntas nos convencen pronto de que el autor, como los pájaros cantores, canta solamente cuando, como él dice, lo

> *para*
> *un vago deseo:*
> *se llena de notas mi alma,*
> *y llora. hecha lira, divinos*
> *[arpegios.*

Por eso, de su factura puede expresarse que las composiciones de este libro son como conversadas. Fluyen solas, sin frases, sin rebuscamientos efectistas. Y surge en ellas la rima con la misma naturalidad conque a una voz responde un eco.

Abierto el libro, nos encontramos en todas sus páginas con un poeta innato. Cuando lo cerramos, quedamos convencidos de que hemos despedido a un amigo íntimo, con el cual hubiéramos pasado una buena hora de amena charla,—tanto se identifica con nuestra primordial sencillez, y tanto, con muy pocas palabras hemos logrado comprendernos.

«Sed» vale $ 1.50. Y hemos recibido algunos ejemplares para ser vendidos a beneficio del Comité Pro Presos y de «Ideas».

---

se desnudara de escombros, entregándonos las bellezas de la antigua Roma? ¿Y Lord Carnavon, no se olvidó de su personalidad científica ante el metal reluciente que cerraba el paso al sarcófago de *Tutankamón?* ¿O acaso se tienden puentes, marchan ferrocarriles, se cavan minas, levantan cosechas, se produce, por el gusto de producir? «Dejad al hombre librado a su voluntad y hará de la tierra un cementerio; ofrecedle laureles y dinero, y será vuestro siervo».

***

Quizás la historia contradiga nuestro concepto, pero, ¿no la han relatado acaso los escribas de los potentados o de los dominadores? Y contra los hechos, ¿no cantan claro también los hechos? ¿No se gestó en Grecia, más alto que los traficantes y los guerreros, un pueblo pleno de idealidad, pletórico de vida y de ensoñaciones, que deslumbró a los siglos pasados y deslumbrará a los por venir? ¿Fueron mercenarios Esquilo, Sófocles y Eurípides; Sócrates, Platón y Aristóteles; Fidias y Praxiteles? No; implica eso corrientes nuevas, transformaciones en la modalidad colectiva, voces del intelecto humano, que sobrepasan hombres e intereses, que proliferan sobre la tierra, creaciones sublimes. ¡Arte de Grecia, Ciencia de Grecia, Filosofía de Grecia, hablad a las civilizaciones egotistas de hoy, decidles de la línea de vuestros mármoles, de la inteligencia de vuestros matemáticos, de la sapiencia de vuestros moralistas; radiad sobre sus noches la esplendidez de las horas vividas por un pueblo entragado al trabajo, al conocimiento, a la belleza; y el utilitarismo habrá muerto en sus conciencias réprobas! ¡Hablad, grandes de todos los tiempos! ¡Descubríos, obras de los hombres! ¡Vuestra sola existencia justificará vuestra creación!

El hombre trabaja para la vida, sueña para la vida, piensa para la vida. ¿No le veis? Urga en el fondo de los mares, se agazapa en la mina insalubre, se estremece ante la voz de la tierra, siempre fecunda; guerrea contra las fuerzas ciegas en las crestas de las olas, se crispa potencial ante la materia que le domina. ¿No le veis? Es el médico que sobre el cadáver aun caliente de su hijo, separa tejidos en busca del virus exterminador; el aeronauta que se precipita a los espacios queriendo dominarlo; el ingeniero cuyos planes desequilibran su mente; el químico o el terrorista a quien la combinación de los ácidos aniquila; el artista que amanece helado ante la arcilla muda. Son todos los bohemios que en la buhardilla, de todo desprovista, se estrujan el cerebro, queriendo en la combinación mecánica o en la carilla escrita, descifrar quién sabe qué terribles enigmas! ¡Son todos los desconocidos que la historia no nombra, pero que impulsan los pueblos! ¿No lo veis? Es la picota, la cicuta, la hoguera y la horca, son todos los esforzados, los caídos vencedores, el hombre creador! La vida triunfa siempre. Dejad al hombre libre y en él esplenderá, radiosa siempre.

¿Cuestión de fe? No, de conciencia.

***

Estamos en una época de crisis en que dos fuerzas, de altruismo idealista, una, y de egoísmo la otra, han de dar la batalla que la evolución de los pueblos acelera. Si creyéramos que los valores idealistas triunfan de por sí, asistiríamos espectantes a su lenta afirmación; pero es fatal que este sentido libertario del progreso, aúne diariamente fuerzas nuevas, que eclosionando, han de conquistar por la revolución social, la libertad de realizarse. Será ésta la lucha violenta—síntesis de todas las pequeñas luchas actuales—contra todos los que no sólo aceptan su miseranda vida sino que nos la imponen. Mientras tanto, apuremos este proceso, tratando de hacer útil el limo que en la lucha se nos presenta, porque el hombre está atado a una serie de intereses y mezquindades, que acepta como imperativos del medio que le rodea, pero que serán recuerdos amargos, en una sociedad en que el bienestar propio y el de los que lo circundan, esté garantizado. La constatación de que en su generalidad los hombres sólo son externamente malos, nos lleva a la deducción lógica de que desapareciendo estas causas, el cuño de su temple será la base de una sociedad sana y creadora, desinteresada y libre. Las fuentes del progreso marcharán por su cauce humano.

J. M. L.

«El Proletariado Militante»

ES el segundo volumen sobre la historia de la Internacional, que Anselmo Lorenzo comenzó a escribir hace más de 15 años. Acaba de llegar este libro, de Barcelona. Precio $ 1.15. Franqueo 0.25. Por cantidades de más de cinco ejemplares $ 1.00. Por pedidos, los que deben hacerse acompañados de su importe, a Joaquín Cortés, calle Maza 735 o a la administración de «La Antorcha».

ALETEOS JUVENILES

Salir, abandonar el lugar donde todos los afectos se han sembrado, donde las acariciadoras miradas de las buenas compañeras han servido siempre como bálsamo estimulante en los momentos en que nuestro espíritu se encontraba decaído; arrancarnos de la vida monótona, rutinaria, de ese rincón donde hemos dado forma a nuestra vida, nuestro cerebro se ha cultivado y nuestros sentimientos, día a día, minuto a minuto han conquistado para su haber sensaciones ya gratas, ya dolorosas, de ese dolor moral que es solamente patrimonio de aquellos que llevan en sí un gran caudal de ternura y que ante cada espectáculo de miseria con que tropiezan en su vida, sienten impulsos tales de rebeldía que son capaces de conducirlos, como nuevos Quijotes, a atropellar a ciegas contra los molinos de viento, representados por la actual sociedad, por todas las instituciones y poderes constituídos causantes de todas esas miserias...

Romper con esa rutina, decía, y abrirse a nuevos horizontes para dar la expansión necesaria a todo espíritu juvenil y entusiasta... Lanzarse a lugares que sólo con su imaginación ardiente ha conocido, donde las costumbres y la manera de ser sean la antítesis completa de aquella, del lugar en que se ha vivido, donde las nostalgias de los primeros días conduzcan a nuestra imaginación a remontarse al lugar abandonado, y pasen unos tras otros como cuadros colgados en una larga galería, recorrida por nuestra vista, los instantes más propios, más dignos de ser recordados, es decir, aquellos momentos en que más nos hemos dado a nuestro ideal y menos nos hemos dejado arrastrar por la moral hipócrita y egoísta del ambiente,...será ciertamente un poco triste, pero son estos recuerdos, estos bellos panoramas de nuestra existencia transcurrida, lo que nos hace más fuertes y nos impelen a superarnos, a hacer mucho más en el lugar en que asentamos nuestro vuelo, a entregarnos íntegros, en cuerpo y alma, haciendo de nuestra vida un canto eterno en que las notas vayan constantemente haciéndose más elevadas, hasta que el hacha pérfida de los mortales tronche el canto de un rudo golpe.

Y es así, como ayer, en la ciudad, como hoy, en el campo, como una sembradora perenne, la vida del idealista transcurre sembrando siempre, dejando en el surco el grano, sin preocuparse de si mañana ha de convertirse en linda planta o, si por el contrario, el germen permanecerá sepultado, desconocido en la tierra. Pero ello no lo abate, antes más bien le hace experimentado, le indica los caminos por los que ha de volver a la lucha, con más tesón y más energía que nunca.

El campo se nos presenta bajo una faz muy distinta a la de la ciudad, a todos aquellos que llegamos hasta él para predicar nuestro credo; no nos encontramos en éste con ese abigarramiento de casas, con ese bullicio constante del tráfico o de las fábricas, con las personas propias de toda ciudad: empleados, estudiantes, comerciantes, burgueses, de más o menos una mediana cultura y cuyos conocimientos de sociología, si bien no son vastos, siquiera son los suficientes como para no tener que recurrir a lo que llamaríamos, la cartilla de la idea anarquista. Todo eso se transforma por completo en estos parajes; las casas son reemplazadas por pequeñas casitas de adobe, pequeños ranchos, que agrupados en un pequeño número forman un pequeño pueblito; y si miráis hacia todos lados, desde el centro de uno de estos, veréis siempre inmensas llanuras completamente vírgenes, o ya tapizadas de una gran franja verde en la que pastan infinidad de animales: son tierras cultivadas de alfalfa, o ya inmensas extensiones cubiertas de una capa dorada, que parece tuviéramos a nuestra vista un vasto mar, pues esa es la impresión que nos produce, cuando vemos el suave movimiento ondulatorio y oimos su canto arrullador al ser mecido por la brisa: son estos los trigales brindando su bello, dorado fruto, a los dientes de la «cosechadora», para ser luego embolsado y llevado a través del mar a países extranjeros o acaparado en grandes galpones por los fuertes capitalistas, para luego soltarlo a precio de oro a aquellos mismos que tanto trabajo les costó el cosecharlo.

La gente de estos pequeños pueblos, forman la antítesis más acabada de aquella de la ciudad; son rudos trabajadores, verdaderos productores de la riqueza social, a la inmensa mayoría de los cuales no ha arribado jamás la palabra del maestro para desembrutecer su cerebro, por lo cual la ignorancia más completa es reina y señora de estos lugares, por lo que no es extraño tropezar a cada rato con uno de esos trabajadores saliendo de una cantina, medio mareado por el exceso de alcohol, que es el «dios» supremo para esta gente, dios que la burguesía sabe muy bien hacer servir durante las horas del trabajo, dándosela de paso de benefactora del obrero, pagándole litros y más litros de caña, con lo que consigue que este cargado de energía alcohólica rinda un doble trabajo, no importándole que el trabajador se destruya, pues siempre hay otros que lo sustituirán.

Pero, como contraste a todo esto, se encuentra en el trato de esta gente ruda, un algo que la diferencia notablemente de la de una ciudad. Os encontráis con un hombre todo corazón, todo sentimiento, en el cual no han hecho presa los egoísmos y las bajas pasiones que el dinero despierta en los de la ciudad; es un temperamento hospitalario y sabe agradecer a todo aquél que viene a llevar un poco de luz a su cerebro, a abrirle un sendero luminoso a su existencia miserable. Y es ese inmenso interés por despertar de su rudo pasado, por llegar a ser algo, lo que nos impulsa a nosotros los anarquistas que llegamos a estos lugares, a ganarnos primeramente su amistad y luego, ya amigos, a reprocharles sus vicios, a hacerle palpar lo que ellos significan al hombre: pérdida de la dignidad, sumisión perenne, prole raquítica, muerte prematura; y más tarde a inculcarles nuestras ideas, ya desde la tribuna, ya con el periódico, el folleto, el libro, o ya de amigo a amigo, de corazón a corazón, que es como fácilmente se llega a la comprensión de estos hombres. Y de esta forma hacerles ver que la anarquía no es lo aprendido por ellos de labios de la gente burguesa, que procura mantenerlos en la ignorancia, para asegurar así sus bienes y sus privilegios, sino muy por el contrario, que nuestro ideal anarquista significa la libertad del hombre económica y políticamente, le expansión amplia del pensamiento, para que el hombre, por medio de la libre iniciativa de su espíritu creador, extraiga de la naturaleza y de sí mismo, los múltiples secretos que guarda para él, librándose de este modo del predominio que el Estado desea tener sobre la creación de cada uno, con lo cual contribuirá en la medida de sus fuerzas al dinamismo constante del progreso humano, dejando en la historia de la humanidad, grabada la huella de su paso, de lo que en sí le es propio, particular, único, lo que unido, encadenado a lo realizado por los demás, ha de formar el férreo círculo de rebeldías que abatirá por fin todas la causas del mal que a todos nos subyuga.

EDGARDO RICETTI.

El porvenir es la vida...

EL pasado es cosa muerta. El presente es cosa fugaz. El porvenir es cosa irreal. Sin embargo, la vida no se compone sino de porvenir. Es por él que luchamos. Es por el mañana feliz de nuestros hijos, que hacemos cuanto podemos como lo sabemos. Entretanto, también hacemos por nosotros mismos, que no inútilmente en el fondo de nuestra más ponderada generosidad, palpitan acendrados los egoísmos, como la vida en los senos de los mares primeros.

Es, pues, ahora que deberemos realizarlo todo, con un ideal de armonías infinitas, de resonancias eternas, pero ahora mismo, hoy mismo, sobre el plano de la vida positiva, de esta vida que llora, que ríe, que se retuerce de angustias, y sufre y canta y se lamenta y reacciona siempre contra el dolor.

El porvenir es la vida, sin duda alguna. Así lo comprendemos cuando echamos una mirada al pasado. ¿Pero qué sería del porvenir, si nada hiciéramos por él en el fugaz momento en que vivimos?

Cien mil problemas se agolpan tras las puertas del minuto a venir. Sepamos cuáles son. Vamos hacia esas puertas con la ansiedad del químico que persigue en sus trabajos de laboratorio el misterio vital. Ventilémoslos inmediatamente con valor, con ahinco, con pasión, pero seamos para el caso, más que sagaces visionarios, tenaces luchadores; mejor que iluminados entusiastas, conscientes impertérritos, porfiados, de aquellos que no ignoran que en el minuto a venir no habrá jamás un solo enigma, en tanto no sepamos arrancarle al presente fugaz, el poder ancestral conque aplastara los instantes pasados y que prosigue gravitando sobre los que continúan sucediéndose...

Porque es ahora, hoy mismo, que hemos de hacerlo todo, para el disfrute de nosotros mismos; porque es en el minuto en que vivimos, que hay que laborar porque el minuto a venir sea mejor. O será siempre el porvenir, una cosa irreal: el bello sueño de amor de una pantera enjaulada, que no medita ni trabaja nada contra los hierros que la circundan, o la visión magnífica ¡oh, sí! de un talentoso Colón, cantando en las riberas de los mares a las olas sonoras, incapaz de lanzarse a la aventura.

FERNANDO DEL INTENTO.

Comunicado

EL compañero Florencio Gonzalez comunica a los camaradas que ha trasladado su imprenta a la calle White Nº 805. Buenos Aires.

Carta crítica

A propósito del indulto o del perdón

Por JESUS GOMEZ

(*Continuación*).

Cita Hugo en uno de sus libros el comportamiento de una santa italiana que consintió en dejarse cortar un pecho antes que confirmar la exigencia que se le hacía de que dijera que había nacido en una ciudad que no era la de su nacimiento. Los que no saben desentrañar las proyecciones de los actos, creerán que esa mujer apegada al mandamiento sagrado *No mentir*, aceptó la penosa mutilación por una cuestión baladí; pero lo único baladí es que hayan personas que se paguen de las groseras conveniencias momentáneas.

Tomás Moro, el autor de la «Utopía», el valiente precursor de la fraternidad humana derivada de la organización colectiva, pagó con la cabeza la defensa de sus convicciones. Siendo un mimado de la opulencia, canciller de Inglaterra, no trepidó ante la muerte y cayó sin claudicar de los puntos de teología que consideraba verdaderos. No lo separaba siquiera una disidencia completa con la reforma religiosa planteada por el rey; se revolvía contra la interpretación de vanidad personal que el rey hacía de la reforma. Su frívola mujer, sin más preocupación que las suntuosas reuniones que se realizaban en los salones de la aristocracia, razonaba con tanta lucidez como puede razonar un libertario del día, partidario de los ruegos a los dominadores, y en ocasión que a regañadientes, por cumplir con los lazos conyugales, lo visitaba en la Torre de Londres, le decía: «Asómbrate que tu, a quien siempre he tenido por un sabio, seas hoy tan loco para permanecer en esta prisión tan estrecha y sucia, encerrado con ratones y ratas, mientras que podrías correr en libertad, si quisieras, *tan solo* con hacer aquello que los obispos han hecho». Los obispos se habían prosternado ante la divinidad del rey. Pero Moro, con esa sonrisa de compasión que se tiene para los que quieren juzgar de una cosa sin estar a la altura de ella, rechazó suavemente a su casquivana admonitora, diciéndole: «¿Es que esta casa no está tan cerca del cielo como la mía?». A lo que ella respondió con gesto de desesperación desdeñosa: «¡Qué tontería! ¡Qué pamplina!». Traduce esas ideas al lenguaje presente.

Por último, entre nosotros existen honrosos precedentes. Fermin Salvochea, preso en Ceuta, rehusó la libertad que se le ofrecía como gracia en alborozo de un acontecimiento regio: parto o coronación. Y Francisco Ferrer prefirió dar término a su vida, sin desdecirse un ápice de su lucha liberadora, antes que sobrellevar la vida desmedrada que debiera a la benignidad teatral de un estúpido monarca.

Pedir perdón por mentidas culpas, que en realidad es nada más que la defensa de altruistas convicciones y la lucha por romper las trabas que entorpecen el libre desarrollo de la humanidad, a más de demostrar la cobarde flojedad de los idealistas, significa enlodar los idealismos con atroz alevosía, llevándolos, despojados de su razón de ser, al rango de delitos punibles. Es consagrar el derecho de la ley estatuída, a perseguirlos y disiparlos.

Aplicadas las doctrinas libertarias a las actividades reivindicadoras de la clase proletaria, la más vejada por las injusticias sociales y la última capa que tiene que ascender al puesto preeminente que le corresponde en la colmena, derogando privilegios y reduciendo a las demás clases a la esfera de sus funciones útiles, si se quiere desprender del capitalismo usufructuario, el primer paso que indiscutiblemente hay que dar, es la separación de la política corruptora y parasitaria. Así lo teníamos entendido, ¿no es cierto? ¿Se habrá obscurecido ese sensato criterio?

Después de casi un siglo de crítica demoledora de los procedimientos de la democracia en la administración de los bienes de la sociedad, el pueblo no ha de cifrar sus deseos de equidad en lo que hagan las facciones del poder. Para algo sirve la historia, y no es posible que a la altura de la experiencia en que nos encontramos, se vuelva a empezar la serie de ensayos conque nos aleccionó la revolución francesa y dejar que los pueblos, decepcionados del constitucionalismo burgués y del socialismo parlamentario, se abandonen en brazos de las dictaduras autocráticas, como parece está sucediendo en algunas partes del mundo. Mientras se reconcentre la mentalidad de las multitudes en las incidencias de las luchas adquisitivas del poder, mientras existan las ambiciones de la dominación, las maquinaciones caudillescas propias de la política, el bienestar del pueblo se enarbolará únicamente en el papel de promesa-pantalla encubridora de las ruindades que engendra la voracidad parasitaria. Y no debemos ser nosotros los que, por irrisorios beneficios, abramos ese camino, cual sería el de pordiosear el perdón que debatimos.

Continuará.

Diálogo de actualidad

—Era tiempo que dictaran esa ley. Ya decía yo que el gobierno no era tan malo como lo pintan los anarquistas. Por lo menos tendremos una vejez tranquila. Lástima esa prórroga de sesenta días... ¿Para qué?

—Sencillo. Para acallar la voz de tantos productores que, menos ignorantes que Vd. han comprendido el juego de la trampa que les han tendido y se rebelan cansados de tantas leyes: ¡11.289 que son 11.289 torniquetes en contínua actividad!

—Bah, el gobierno tiene la fuerza...

—Pero no la razón.

—¿Y no es razonable que luego de trabajar 30 años, descansemos sin necesidades, para morir cristianamente y no como perros?

—Puff. Lo que se desea hoy, es vivir bien, que para morir, lo mismo da de cualquier forma; se acaba uno y ya está. Pero esa muerte lenta, esos años de inacabables sufrimientos, esa condena a que la lucha por la existencia nos obliga, eso es lo duro, amigo, eso es a lo que hay que dar fin.

—Sí, sí, está bien; pero las cosas se han hecho así y nadie las ha de cambiar.

—Diga mejor, las hemos hecho así y no queremos cambiarlas; preferimos un mendrugo al pie de la tumba, que pan todas las horas. Y pedimos leyes, como si con ellas no nos estuvieran engrillando.

—Hay leyes buenas para los pobres, como ésta de ahora. Seguro que nos descuentan el 5 %, pero si cumplimos en el trabajo y no nos dejamos llevar por esos agitadores de oficio, «vividores» como dice el capataz, al fin de los años cada cinco por ciento nos darán cincuenta.

—Póngale Vd. cebada en el hocico al caballo y verá cómo cincha, aunque se la den cuando agotado, ni para tenerse en sus patas sirva. Tire el carro, apile riquezas, obedezca como buen crumiro y cuando reviente, pida el pienso. ¡Linda vidita!

—Lo que hay es que ustedes no quieren trabajar y con el pretexto de que es un impuesto al trabajo, quieren hacer huelga. Pero a mi no me agarran; la ley de jubilaciones asegura una vejez tranquila, como diría Anchorena...

—Como diría Anchorena...

EL LIBERTINO.

Lo que se hace cantando

En verdad, sólo en los carentes de ideales son posibles las horas tristes. Para el que por concepciones idealistas lucha, no hay en la constante brega más que una honda satisfacción, una sana alegría.

El hace, y la conciencia de su labor es la justificación de una vida útil. Saber que ha interpretado ideas nobles, sinceràndose con ellas, entregándole lo más caro: la vida entera, descubriendo horizontes para que sobre ellas se posen, es el más reconfortante acicate, el más puro deseo de vivir para tan bellas cosas.

El que así piensa y tal procede, ha encontrado la verdadera justicia. No puede su rectitud malearse por los golpes con que pretendan torcerle, ni empañarse su bruñido cuño con las babas a él lanzadas. Sabe que su camino es de bien, que sobre todo una misión le reclama: la de mantenerse en la huella, desentenebreciendo horizontes, volcando voluntarioso las ideas e ideales que son su fibra y su razón de ser.

No otro es el temple de los anarquistas. Por eso, tanta confianza tenemos en lo que ellos sobre la tierra esclava hagan. No hay peligros destructores en el campo de nuestras actividades; no hay tormentosos nubarrones sino una cosa, una santa cosa: la voluntad de vencer, de escalar nuevas cimas, de propaganda en fin. En esta huella no hay nada que nos aparte. Metámosle de firme, amigos míos, que cuando más hagamos, menos sombras cercarán nuestra vista. Cantando, alegres y confiados, iremos al porvenir, de frente.

LIBERTARIO.

Comentarios a un artículo

Es provechoso para una entidad y para sus hombres que la integran, cuando con una crítica razonada, serena y libre de apasionamientos, se puntualiza por medio de algunas publicaciones, defectos y malas interpretaciones del cometido a llenar por dicha institución. Quizás esa crítica apasionada, falta de serenidad, algo exagerada a veces y con cierto tinte de personalismo también, que hace unos años se viene ejerciendo contra la F. O. R. A., haya sido un obstáculo para la misma y la causa generatriz de los frutos que actualmente estamos cosechando todos, que aunque en cierto grado saludables, no dejan de ser molestos.

Artículo, por ejemplo, dirigido especialmente contra la F. O. R. A., como el de Lunazzi, aparecido en el número 118 de «Ideas», que no dice nada, que es fofo, que es una especie de proclama dirigida al aire, lo único que produce al lector que posee algo de discernimiento, es lo siguiente: que él ha sido escrito bajo un pesimismo cerrado, bajo un apasionamiento a todas luces ofuscado.

El articulista en cuestión, se propone marcar un defecto de que adolece la organización de la F. O. R. A., y quizás, por el pesimismo que lo embargaba, no haya conseguido su fin. En efecto; el artículo se presta a diversas interpretaciones por su hilvanación confusa, cuando, en cambio, debería haber sido un estudio sereno de tan delicado tema.

Afirmar con orgullo y altanería que la F. O. R. A., representa un peligro para la libertad, es demostrar una supina ignorancia y un desconocimiento absoluto de la historia de sus luchas, las que le han dado un carácter marcadamente anarquista. Decir, en cambio, que ciertos consejos federales que han pasado por la F. O. R. A., han atentado contra sus principios y tácticas de lucha, es decir la verdad real y cruda, y estar en lo cierto de lo que se habla o se escribe.

Cuando se habla y se escribe de la F. O. R. A., parece ser que se desconociera que ella es una entidad eminentemente clasista, con una más clara interpretación revolucionaria de los problemas sociales que se debaten en el mundo del trabajo, que otras instituciones sindicales; y que es, que ha sido hace veinte años, trabajada por la dinámica de la filosofía anarquista. Decir, en cambio, que en la Argentina se habla mucho de anarquía y se tiene poca consecuencia con la misma; decir que en nombre de la anarquía se da curso a prácticas gremiales bajo todo punto de vista perniciosas para el espíritu libertario que hay que ir arraigando en la conciencia popular; decir que en las campiñas argentinas brillan por su ausencia los miembros pertenecientes a esa numerosa «colectividad» de cháchara, que tenga una clara interpretación del anarquismo; decir que hay en este país muchos anarquistas teóricos, una gran legión de «militantes», y que hay pocos, muy pocos consecuentes con las bondades y la belleza de tan cristalinas ideas; decir todo esto, es estar a la altura de la realidad y decir, sobre todo, la verdad, que por ser tal, merece ser cantada con entusiasmo y perseverancia.

Decir que la F. O. R. A., en la actualidad, como se desenvuelve, no representa un movimiento trabajado por los anarquistas, es afirmar una solemne barbaridad. La F. O. R. A., ha sido y es trabajada por la constancia de los anarquistas y la dinámica de la anarquía. Decir que los anarquistas han practicado dentro de la organización obrera ciertos adefesios sindicales, como el de la *mayoría y minoría*, es admisible. Pero, admitamos ahora, por un momento, que la F. O. R. A., no representara en la actualidad un movimiento obrero trabajado por los anarquistas; de ello, ¿quién tendría la culpa?

Si esto en realidad representara la F. O. R. A., llegaríamos a la conclusión categórica de que, los anarquistas más que nadie, serían los responsables directos de esta falta de esencia anárquica en la F. O. R. A., por ser ella trabajada y orientada por los anarquistas.

Se exagera cuando se dice que en la F. O. R. A., se han pisoteado los principios federales, que ellos no existen ni los practica dicha institución. Lo que hay en la F. O. R. A., en la actualidad, es lo siguiente: que se toman malos y extemporáneos acuerdos que inspiran repudio y desconfianza en muchos gremios adheridos y en la mayoría de los anarquistas que tienen una clara interpretación del cometido que ha de llenar la F. O. R. A.

Ese grito extemporáneo y falto de serenidad pronunciado por el compañero Lunazzi: «¡no más federaciones!, etc.», carece por completo de fundamento. Si se predica descabelladamente la destrucción de la F. O. R. A., por consecuencia no se debe auspiciar la organización de una asociación libertaria de trabajadores, porque toda organización, por más libertaria que ella sea, lleva inherente cierto vicio de autoritarismo y una manifiesta tendencia clasista. Luego entonces, la pronunciación de ese grito de «¡no más federaciones!», es una frase carente en absoluto de reflexión.

Háganse las críticas más fundamentales, más parcas, más lógicas, más encuadradas dentro del terreno de la persuasión y la serenidad; que ellas sean menos exageradas y muy sinceras, y se habrá ganado mucho terreno en armonía anarquista, aunque, es bueno decirlo, hay ciertos compañeros que lo que menos les preocupa es la armonía y la cordialidad anarquistas, en nuestra actuación y relación.

No se hagan las críticas tampoco a medias y con rodeos, porque ésto hace vislumbrar que los que hacen tal crítica, pisan en un terreno resbaladizo e inseguro; hágase la crítica con conocimiento de causa de lo que se critica, persuasiva y serena, sin rodeos, sin recato, y se obtendrá de de ella los frutos que se desean.

Lea su artículo el compañero Lunazzi, reflexione sobre el mismo y llegará a la conclusión de que ha dicho en él varias barbaridades.

Y por último, no me conceptúe usted un defensor de la «santa madre F. O. R. A.», sino un simple comentador de cosas pesimistas y fuera de lugar, porque para defensa de la misma se basta su Consejo Federal y... una «agrupación» (sic) que vela por los prestigios inmaculados de la misma...

JOSÉ CARDELLA.

Tandil.

Una colita a una crónica

Ya muchos saben por «La Antorcha» y por un diario de Buenos Aires, de la invitación para una controversia, hecha por el compañero Lunazzi a un grupo titulado defensor de la F. O. R. A. Lo mismo saben cómo se trató a Lunazzi en aquel diario, cómo se le sacó el cuerpo a la controversia, («el grupo contestará al desafío;» «¿por qué no invita a una reunión en esta capital?» etc.) y cómo se le llamó al orden a la F. O. L., que permitía en su sede a semejantes enemigos.

Pues bien, el domingo 20 de Abril cayeron a esta ciudad, inopinadamente, unos 20 matones y nos llenaron la cueva de humo. Entre los matones cayó también gente de Berisso, Ensenada y esta ciudad, adicta a ellos, de esa gente a la que sólo se le ve el pelo en nuestra cueva, cuando como en el caso en cuestión, va a repicarse fuerte.

Todos venían armados de sendos trabucos; y algunos de ellos, que jamás nos habían visto pero que, por lo que conversamos, nos creyeron «de los suyos», nos confesaron que habían concurrido *para llegar hasta el fin, a todo lo que saliera*. No lo hemos dudado ni un momento. La apostura matona de la cuadrilla que nos llenó de humo la cueva, (humo de cigarrillos), bien nos hicieron comprender desde el primer momento, los propósitos atravesados que la trajeron. Pero nosotros no estábamos para darles el gusto; sabíamos que de producirse el desenlace que venían buscando, se inutilizaría quién sabe por cuánto tiempo nuestra propaganda en esta localidad; y por eso, nada más que por eso nos mantuvimos en el terreno de cultura necesario al acto y al ambiente.

No estuvo así Acha, esa potencia fecunda capaz de acostarse con una *Intertipa* y hacerle tres *Minervas* en diez minutos, según lo que se vanagloria a cada rato sobre un diario de Bs. Aires, el cual, (Acha) enfurecido ante la argumentación clara, precisa y serena del compañero Rebello, lanzó a su rostro y en pleno público una impostura de las que acostumbra, acusándolo de haberse

quedado con 100 pesos que le enviaran de Tucumán para una jira, cosa que no es cierto, como éste ya lo ha probado ante nosotros y la F. O. L., exhibiendo los recibos correspondientes. Luego, más tarde, este mismo Acha invitó a salir a la calle a un compañero; y partió derecho a la puerta de entrada, seguido de algunos de sus guardaespaldas, con la misma actitud de esos malevos de las borracherías.

Puede notarse por todo esto, que el grupo defensor de la F. O. R. A., es un defensor de tomo y lomo, como quien dice, un grupo «cabrero», torvo y torcido, que más que defensor de ideas o del espíritu de la federación, parece que no lo sea sino de simples, de subalternos intereses creados.

El único que se mantuvo como persona decente, fué el unificador desunificado y otras vueltas, Jorge Rey Villalba, verdadero patanchista de esta reunión, el cual con su oratoria, sus gesticulaciones, garabatos y recovecos, trató siempre, desde el primer instante, de evitar la imbécil refriega que estaban deseando los forudos. (Este mismo Rey le decía a Acha antes de la controversia, el que relataba a unos cuantos que lo rodeaban los motivos que lo impulsaban a ser agradecido con los del diario desde que vino de San Juan: «No cuente sus desgracias privadas, compañero»). No vamos a decir nosotros, como el diario de Bs. Aires por «los suyos», que Lunazzi convenció, refutó, probó o argumentó hasta anonadar a sus adversarios. No tenemos por qué defenderlo de las falsedades que, naturalmente, estampa el diario en contra de él, y en favor del grupo defensor, naturalmente también. Por otra parte, Lunazzi no es un infeliz ni un vejestorio que necesite de defensores, como ciertas majestuosas instituciones o ciertos envenenados individuos.

Para la defensa de cualquier cosa que convenga a los intereses subalternos, ahí está el diario; y para que le crean cuanto en él se publica, ahí están los lectores que han depositado en él su confianza y su fe, como los electores confían a las urnas el poder que delegan, y los feligreses de cualquier iglesia sus pesos y su candidez en las manos de los ministros del señor.

No vamos, pues, a desmentir nada. Sería un trabajo inútil, y cada cual seguiría creyendo lo que «su» diario le cuente, por más macanas que invente.

Sólo queríamos decir ésto: que la cancha se les puso pesada a los defensores; que vinieron a comernos con toda clase de armas y se atragantaron, como lo demostró el joven Acha con su actitud; y que pensando que iban a desconceptuarnos, echándonos a perder, de cualquier manera, nuestro honesto trabajo de propaganda sin sueldo ni renta de la colectividad, sólo lograron convencer a algunos que aun creían en las virtudes de que tanto se alaban, que no eran tales defensores ni tal diario, el trigo limpio que esos algunos se suponían.

La batahola fué grande el domingo. Pero el propósito de hacer una cosacada les salió frustrado a los defensores, gracias a nuestra actitud sensata. Con todo, dimos un espectáculo muy poco edificante, al auditorio ajeno a nuestras ideas, el que quedó convencido de que de aquella reunión en la que tanto se habló de la libertad, no podría salir nunca sino la más estúpida dictadura. Calcúlese cuánto más triste habría sido si las cosas hubieran pasado a mayores.

¿Y es a tipos de tal calaña, que quieren resolver a «biaba» limpia los asuntos que sólo podrían ser resueltos por la discusión cordial, a los que confía la F. O. R. A., su defensa? ¡Pobre F. O. R. A., y pobre propaganda anarquista! De la pasta de esos matoides se hacen los tiranos y las tiranías.

«¡Hechos, hechos!»—gritó Acha en cierto momento, procurando llevar la discusión a ese terreno. «¡Hechos, hechos!»... Y la sangre se le amontonaba en el gaznate.

¿Hechos? El del domingo fué bien elocuente. Los anarquistas tienen para rato con tantos mandones.

Esto es lo que queríamos agregar a la crónica facturada en el diario. Y ahora, poco importa que no se nos crea. Algún día los ciegos abrirán los ojos y los sordos oirán.

Declaraciones

Este periódico fué fundado en Agosto del año 1918, con el objeto de hacer propaganda anarquista, (como en efecto la ha hecho hasta ahora) y no para darnos el gusto literario de exhibirnos, como no falta imbécil que lo diga.

Nuestros propósitos de gente asaz modesta, fueron no ultrapasar los límites de nuestra aldea con nuestra propaganda. Y es así como con los pocos pesos que cada compañero de los que formamos el grupo editor, pusimos mensualmente, durante mucho tiempo, y con un exiguo plantel de suscriptores amigos, comenzamos a editar éste periódico.

Fueron después, los que empezaron a conocerlo gracias a los compañeros que se ausentaban de entre nosotros en busca de trabajo y gracias a algunos amigos que teníamos afuera, quienes lo extendieron por toda la república, sacándolo así del estrecho círculo de nuestra familia.

Pero ahora, a raíz de ciertas incidencias con cierta chusma que no es del caso nombrar, no han faltado ciertos fenómenos que nos han citado, llamado y emplazado, amenazándonos con el boicot si no respondíamos, de igual manera que los jueces citan, llaman y emplazan a las personas' amenazándolas con declararlas en rebeldía sino se presentan: como no han faltado tampoco esos plesiosaurios que pretenden que callemos lo que pensamos, en atención a los suscriptores que con sus pesos ayudan al sostenimiento de éste periódico. ¡Y esos fenómenos y esos plesiosaurios se llaman anarquistas!

Pues bien, nosotros ante estas cosas declaramos: Que «no nos asustan sombras ni bultos que se menean»; que tenemos 1.500 suscriptores nominales y apenas unos 300 que pagan; que estos 300 son nuestros amigos, de aquellos a los que no es posible convencerlos con estupideces y posturas antianárquicas; que no teniendo sueldos, ni de administración ni de redacción, ninguno de los que editamos éste periódico, estamos por ese lado a cubierto de todo espanto; que no nos importa nada quedar mal con cualquier colectividad, con tal quedar bien con nuestra conciencia; y que si mañana mismo, en fin, se nos borraran todos los suscriptores, quedaríamos nosotros tan iguales como el primer día de nuestra aparición: editando para la localidad éste periódico, servido con nuestra sangre y pagado con las precarias entradas de nuestro propio trabajo.

Sepa, pues, la colectividad anarquista, que hojas como estas, aunque estuvieran en error seguidas veces, serán siempre las que la honrarán, pues no teniendo garbanzos que defender, no tendrán nunca interés en adulterar los hechos, ni en desvalorizar nuestros principios creando anarquismos e instituciones útiles para mantener la mesa bien cargada de vituallas.

Y como no queremos ser saboteados en silencio, no extrañe a nadie de nuestros deudores de dos, de tres y hasta de cuatro años, si reciben una circular administrativa que les recuerde el pago de este papel que les ha sido enviado sin reclamos, durante tanto tiempo.

ADMINISTRATIVAS

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—E. Latelaro 1.00, R. Rametta por folletitos 6.00.
Berisso.—A. Diz 1.00, A. Fassero 1.00, Escarceli 1.00.
Buenos Aires.—Soc. O. Ladrilleros 5.00, B. González 5.30, J. R. Seoane 1.20, J. Stéfani 3.00, F. Ritsche 1.00 por La Antorcha ambos, Ghiggia 1.00 por La Protesta, Catalina Montenegro 1.00 donación, Marcelino García 1.00 idem, J. del Campo 1.00 idem, J. Regina 1.00.
Banfield.—M. Navales 1.00 por folletitos.
Bordenave.—Juan Sandiumenge 5 donación, Varios 5.00 idem.
Caleufú.—A. Viana 2.30 por La Pampa Libre.
Cereales.—J. Gutierrez 2.00 por La P. Libre.
Córdoba.—E. Sella 2.00.
Copetonas.—Soc. Of. Varios 2.50 por folletitos.
Dufaur.—Biblioteca «El Progreso, como donación a los periódicos de afinidad 5.00.
Ensenada.—J. Buscavidas 1.00.
Formosa.—J. Antueno 6.00.
Gral. Pico.—Librería «La Pampa Libre» 1.80.
Ing. White.—G. Della Nina por La Antorcha 3.00.
Junin.—J. Gimenez 1.00.
La Plata.—E. Pisetta 0.50, Antonio y Alejandro Tricerri 2.00 cada uno, J. Villarreal 1.00, E. Comotti 0.70, G. Manieri 0.40, J. Pucci 2.00, M. Sciocco 2.00, Rotger el aleman 1.00, M. Tossi 1.00, Soc. O. Mosaístas 10, J. Bogoni 0.50.
Lobería.—F. Lattelaro 1.00 y 4.00 por folletitos, S. Millara 2.40, J. Perez 0.60, Barguillas 0.20 y F. Martín 1.20, ambos por La Protesta.
Monte Nievas.—L. Metilo 1.00 por La Pampa Libre.

Veladas y conferencias

En Arnstron..—El 1.º de Mayo, en los cines, a las 21 horas. Velada y conferencia a beneficio de la Biblioteca «Alberdi» organizadora del Comité Pro Presos Provincial. «La Antorcha» e «Ideas».

En Las Parejas.—El 30 de Abril. Organizada por la misma Biblioteca e idéntico programa.

En Lobería.—El 1.º de Mayo a las 8 de la noche. También velada y conferencia. Organizada por Sociedad Oficios Varios, a beneficio del Comité Pro Presos y minerva de «Ideas».

Mar del Plata.—D. Matarazzo 3.00.
Necochea.—M. Dukelsky 5.00 por folletitos, Aspiriz 1.00 por La Antorcha.
Norte América.—A. Sariego por intermedio de La Protesta *dos dólares* o sean *dos pesos* (!?).
Pto. Mar del Plata.—E. Blanco 1.10 por La Protesta.
Quemú Quemú.—C. Olalde 1.00, A. Perez 2.00, C. Cándano 1.00, J. Caneti 1.00, J. Rodriguez 1.00, todos por int. de La Pampa Libre.
Rio Cuarto.—J. Sanchez 6.00 por folletitos, 1.00 por donación, L. Belli 2.00, F. Colaberardino 2.00 por suscrip. y 3.00 por paquete.
Rosario.—U. Perez 2.50 por La Antorcha, J. Olcese 1.00 por folletitos, S. Opizzo 1.00, Biblioteca Albañiles 2.00, M. Federico 2.00.
R. de Escalada.—Fassone 1.60.
R. de Lerma.—Agrp. Voluntad 10 por La Protesta.
Rafaela.—Ortega 1.20 por La Protesta.
San Martin.—M. Fittas 1.00, S. Tirabassi 2.00 por La Antorcha.
Sansinena.—J. A. Abad 2.50 por folletitos y 2.50 donación.
Saavedra.—A. Tomás 1.20 por La Antorcha.
Saenz Peña.—Baltazar 2.50 y 1.00 donación por int. de La Protesta, T. Rubio 1.00 por La Antorcha.
San Genaro.—F. C. Contti 4.00.
San Martin. Mendoza.—M. Riera 2.00 por La Antorcha.
Santa Fe.—R. Corrales, F. Malizoni, E. C. Fulugonio 1.20 cada uno, M. Chiorciari, M. Pastor, M. García 0.60 cada uno, G. Fernandez 0.50, F. Aragón 1.30 por paquete y 3.00 por folletitos.
Tandil.—S. Arona 5.00, Biblioteca Albañiles 10.00 por folletitos, E. Santamarina 1.50, D. Martinez 2.00, C. Barona 2.00, C. Perez 2.00.
Trenel.—J. Herrero 1.00 por La Pampa Libre.
Tucumàn.—C. Coletto 1.00.
Tres Arroyos.—N. Nañez 2.00 por La Antorcha, M. R. Sanjurjo 1.20 y 0.30 como donación.
Valentin Alsina.—R. Antimori 3.
Villa María.—Agrup. «El Sembrador» 5.00 por folletitos, por int. de La Antorcha, A. Perez. 6.00.
Villa Cañás.—J. C. Moscetta 2.00 por folletitos.
Villa Sastre.—J. Masier 1.00 por suscripción y donación.

Total de entradas 229.90

Salidas.—Impresión del número anterior (2.500 ejemplares) 100.00 y de éste (3.000 ejemplares) 230.00. Franqueo para ambos, correspondencia y encomiendas 20.00. Cliché 18.00. Total 368.00. Del número anteanterior 94.22 más 229.90 de entradas son 324.12, lo que da el siguiente

Deficit 43.88

Pero todo esto se va a arreglar suprimiendo todo envío a nuestro deudores. Ya se ve pues que antes que nos boicoteen (¡qué pavura!) nos boicotearemos nosotros mismos.

Para el Comité Pro Presos

Ensenada.—Cruz 0.60.

Para "La Antorcha"

Lobería.—José Perez 1.20.
Gral. Pico.—Librería «La Pampa Libre» 4.50 por periódicos.

Para nuestra minerva

Bs. As.—J. Raul Seoane 1.00. Suma anterior 221.70. Suma actual 222.70.

Para "La Pampa Libre"

Santa Fe.—Biblioteca «Emilio Zola» 1.00, A. Kirilovsky 0.70.

«Los Inadaptables»

TAL es el nombre de una nueva agrupación de propaganda anarquista, la que solicita material de lectura para la distribución entre el pueblo. Se ha constituido en Córdoba, y la correspondencia debe dirigirse a Francisco Nieva, calle Moreno 365.

Correo de "Ideas"

Pedro C. Rebello. *Buenos Aires.*—Recibimos la prueba de la devolución de los 100 pesos que hizo Vd. a Palacios de Tucumán, y a los cuales se refirió Acha en la última controversia verificada en esta, sirviéndose de ellos como de un argumento contra Vd. Hemos entregado a la Federación Local los recibos y su carta y ella acordará lo que guste. Por nuestra parte no averiguaremos nada. Desde el primer momento creímos que era una impostura de ese hombre, como las que usa frecuentemente y...dime quién te acusa para saber quién es.

M. Dukelsky. *Necochea.*—Creemos innecesario publicar su «Aclaración». Ella no aclararía nada a los que recurren a la difamación y la calumnia para aplastar a los adversarios y Vd. «ladrón» ahora, pero cuya firma al pie de un manifiesto le sirvió junto con otras a Acha para defenderse, continuaría siendo considerado cuanto de Vd. se ha dicho sobre las páginas de «La Prostituida», como con tanto acierto denomina Vd. a esa publicación. Déjese, pues, de aclaraciones que caerían en el vacío. Con ciertas gentes las palabras sobran cuando la lealtad les falta.

Un asambleista. *Necochea.*—Uff, es cosa archisabida lo que Vd. dice. Falta en efecto plata para sacar «La Organización Obrera»; en cambio sobra para delegaciones como esa que fué allí y a otra parte, y para sueldos y otros gajes de la institución. Por eso creemos innecesario publicar su artículo. Por eso y porque para que lo injurien a Vd. y a nosotros, ya es suficiente con esta respuesta.

David Ainstein. *Tigre.*—¡Por favor compañero! Renuncie a la publicación de su artículo. No se haga injuriar inútilmente. Usted no adelantaría nada conque se lo insertásemos y ellos seguirán publicando lo que les conviene. ¿No vé que son como el gobierno para defenderse¿ ¿O como gato panza arriba? Contéstenos, ¿insiste?

A unos fenómenos. *Salta.*—No hagan papelones. Ese procedimiento será todo lo sindical que Vds. quieran, pero lo es también de riguroso corte judicial ¿Y cómo, si son anarquistas, van a quererse parecer a un juez? ¿Tanto el gremialismo les ha absorbido el seso anárquico? ¡Compañeros! ¡Compañeros!

«Brazo y Cerebro»

Esta agrupación, que acaba de constituirse en Mendoza, solicita a todas las similares que editen periódicos, folletos, etc, el envío de un ejemplar para su mesa de lectura y de material de propaganda para su distribución. Pero advierte que devolverá cuanto impreso reciba lleno de chismes y calumnias y especialmente los de aquellas agrupaciones tituladas «pro defensa» de cualquier cosa. Correspondencia a nombre de Antonio Anacreonte, calle Montevideo 346. Mendoza.

EN LA PLATA.—El 1º de Mayo: mitin a las 4 de la tarde en la plaza San Martín organizado por la Federación Obrera Local.

C. de Estudios Sociales "Voluntad"

El 30 Abril a la noche

En el local de la calle 35-5 y 6

EL 1º DE MAYO

a las 14.30

EN LA PLAZA ITALIA

Grandes Conferencias

Oradores: J. GARCIA GIMENEZ de Buenos Aires

Y VARIOS COMPAÑEROS DE ESTE CENTRO

25 de Mayo de 1924.

Velada en Berisso

El 30 de Abril a las 20.30

en el Cine Progreso

Se representará **Nuestros hijos**

Recitación de versos por **Palmira Lamas**

Conferencia en idioma ruso y castellano

Cantará el coro ruso de Berisso

Entradas. Hombres $ 1.00. Mujeres $ 0.50

S. O. de los Frigoríficos.